

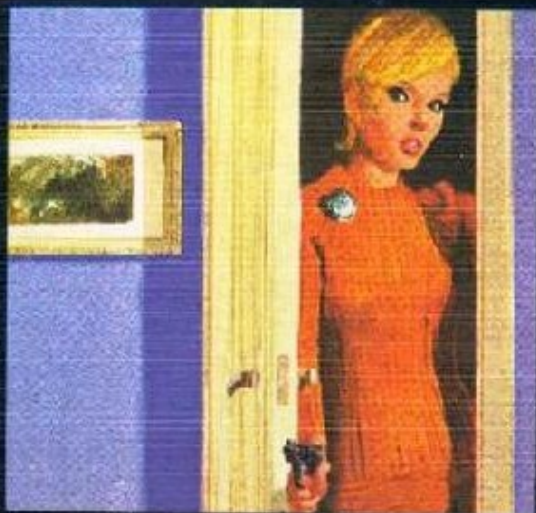


BOLSILIBROS
EASA



FBI

¡yo no
lo maté!
FRED WILLIAMSON



E



colección
F.B.I.



Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-06-00977-2
Depósito legal: M. 37.107 - 1977

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

**¡yo no
lo maté!**

FRED WILLIAMSON

colección
F.B.I.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre salió del club por una puerta lateral, utilizada solamente por el personal del servicio y algunos clientes habituales.

Cruzó el espacio libre entre la puerta y el lugar donde había aparcado su automóvil con celeridad y cautela que hubieran llamado la atención de cualquiera.

Una vez en el auto, lo puso en marcha y arrancó en dirección a la ciudad con absoluto desprecio para las reglamentaciones sobre la velocidad.

Amainó la velocidad al llegar a la Avenida Percy y unas cuantas calles más allá paró. El lugar estaba desierto, a excepción de algunos cuantos automovilistas que pasaban velozmente. Alex Merriman se apeó y levantó la tapa del asiento trasero del coche. A oscuras accionó una palanca pequeña, moviéndola hacia un lado y una parte del asiento se desplazó dejando al descubierto un hueco hábilmente disimulado.

En él había un paquete de papeles sujetos con una goma, unas llaves, una cachiporra de plomo recubierta de caucho y una formidable pistola automática con su correspondiente correaje para colgarla del hombro.

Merriman no cogió más que la cachiporra y un juego de llaves, que metió en sus bolsillos. Una vez hecho esto volvió a ponerse al volante y detuvo el coche dos manzanas de casas antes de llegar al Splendid Hotel.

Pasó junto a él un coche patrulla de la Policía y esperó a que desapareciera antes de apagar las luces del suyo. Luego se apeó y andando se dirigió a la puerta trasera del hotel. Penetró en las cocinas y miró su reloj de pulsera. Eran las dos y cuarto de la madrugada. No había nadie en aquellas dependencias, como

suponía. Supuso que el único riesgo que corría era el de tropezar con alguno de los vigilantes nocturnos, pero había que afrontarlo.

Sin impedimento alguno llegó hasta el pie de la escalera que conducía a los pisos superiores. La habitación de Shorty Dixon estaba en el segundo piso y ésa era precisamente la que a Merriman le interesaba. Llegó hasta ella sin encontrar a nadie por los pasillos y con una de las llaves previamente probadas abrió.

De uno de sus bolsillos sacó un par de guantes de goma, que se calzó cuidadosamente. La luz de la luna que penetraba por las ventanas le sirvió para atravesar sin tropiezo el gabinete y llegar hasta el dormitorio. Cerró la puerta de éste y encendió la luz de un flexo situado sobre la mesilla de noche.

Satisfecho de sus preparativos, comenzó un registro minucioso del dormitorio, volviendo a dejar las cosas que tocaba en el mismo lugar y de idéntica forma que las hallara. En el registro de un armario que estaba en un rincón empleó cerca de un cuarto de hora. Nada se le pasó sin ser objeto de un rápido, pero atento examen.

Encontró al fin lo que iba buscando. Eran cinco cartas Sólo cinco, con fechas escalonadas a lo largo de un período de seis meses y fechadas en distintos puntos de la Unión. Merriman las examinó atentamente a la luz del flexo.

Las cinco estaban escritas en papel con membretes distintos, de otras tantas casas comerciales y en todas ella se acusaba recibo a Shorty Dixon de varios «atentos pedidos» por lo que las casas les daban expresivas gracias. Todas ellas inofensivas, perfectamente normales, inocuas a no haber sido por una cosa. Una cosa verdaderamente extraña: las cinco estaban escritas con la misma máquina.

Tomó nota mental de los membretes de las cartas por si era necesario informarse acerca de la existencia de tales casas comerciales, de la cual dudaba mucho y volvió a dejarlas en su sitio. Luego registró el gabinete, pero allí no había nada interesante.

Al registrar el dormitorio no se dio cuenta del alfiler de cabeza negra que cayó al suelo al abrir el cajón del pequeño escritorio. Y si lo hubiese visto se habría visto en mil apuros para volverlo a colocar en el sitio exacto donde estuvo hasta entonces.

En el cajoncito había lo que en todos los de este género: papel,

plumas y tinta del hotel. Sin embargo, Merriman no se conformó y metió una de sus manos debajo del papel que a modo de forro cubre todo el interior del cajón. De allí sacó otra carta. La mano de Merriman temblaba al sostener el papel bajo la luz del pequeño aparato. Se trataba sólo de cuatro o cinco líneas escritas en español, que Merriman copió exactamente en su libro de notas.

Cuando lo hubo hecho, sus ojos chispeaban alegremente. Se apresuró a salir de la habitación y abandonar el hotel con las mismas precauciones adoptadas para entrar. La expresión de su rostro era la del hombre que ha conseguido coronar con éxito una misión difícil. Sin duda podía considerarse en condiciones de cantar victoria. Pero desgraciadamente para él, no fue así ya que pocos días después, antes de que hubiera podido culminar su obra, moría apuñalado por la espalda.

* * *

La noche era caliginosa, como presagio de la próxima tormenta. Flip Vogt, el propietario del club, sentado en la terraza del piso alto, se abanicaba pausadamente. La terraza estaba a oscuras y Flip, a través del abierto ventanal, podía ver a los jugadores sentados ante las mesas, empeñados en sendas partidas de póker.

Uno de los jugadores se levantó, tras de pedir excusas y salió a la terraza.

—¿Cómo le tratan esta noche, Jim? —preguntó el dueño del club.

—Ni bien ni mal. Estoy en paz. Olivia Anders es una mujer preciosa, pero una jugadora detestable —respondió Jim Sneed, mientras que encendía un cigarrillo—. ¿Quiénes son esos dos que se sientan en mi mesa?

—Shorty Dixon y su novia —respondió Vogt.

—No pregunto por sus nombres. Ya los sé. Lo que quiero sabes es si merecen la pena. Ella se perfuma excesivamente. Me he tenido que levantar de su lado para respirar aire puro.

—No puedo responderle, Jim. Pregúntele a Merriman. Él fue quien los presentó en el club. Creo que son amigos suyos.

Jim Sneed tomó unas apuntes en su carnet y volvió a la sala de juego a ocupar su sitio. Los otros le esperaban impacientes.

Merriman estaba sentado junto a una ventana. Era un hombre

alto, atlético, de nariz y mandíbula prominentes que hablaba con lentitud y se movía con parsimonia. Todos sus gestos denotaban al hombre seguro de sí mismo. Llevaba en Las Vegas desde el principio de temporada y en tan breve tiempo se había conquistado la reputación de ser un jugador fuerte y audaz. Todos le creían inglés, aunque los que se lo preguntaban directamente solo obtenían de él una sonrisa y la afirmación de que era un cosmopolita, casi un apátrida.

De pronto llamó la atención de Flip una aguda voz de mujer. Una voz que prácticamente interrumpió el juego en todas las mesas. Era la de Maureen Kendall.

Flip se levantó de su asiento murmurando entre dientes una maldición y se acercó a la mesa.

—Tiene usted que disculparme, Flip —dijo Merriman al dueño del club—. Tengo que ausentarme. He de acudir a otro sitio. Excuso decirle que asumo toda responsabilidad sobre las pérdidas que haya podido sufrir esta señorita por culpa mía.

Merriman se apartó de la mesa, saludó con una leve inclinación de cabeza y se dirigió directamente hacia la salida. Jim Sneed le siguió, sin duda para obtener más informes acerca de Shorty Dixon y su mujer.

Flip, en su último intento para salvar la noche, ocupó la silla dejada vacante por Merriman y se puso a barajar las cartas.

—Yo jugaré por Merriman si quieren ustedes seguir jugando un rato más —dijo, mirando a Maureen, más tranquilizada.

Así se hizo hasta que Flip se levantó unos momentos de la mesa para acudir a una llamada de Merriman. El dueño del club volvió inmediatamente para volver a sentarse, mientras decía:

—Merriman ha pagado todas sus deudas.

—¿Lo mío también? —preguntó Maureen.

—También —respondió Flip, con sequedad—. Me dijo que se iba de Las Vegas, pero no creo que se vaya sin verle a usted, Keel —y miró a uno de los jugadores.

—Yo tampoco lo creo —respondió Keel—. Me debe veinticinco mil dólares.

* * *

Ya hacía cerca de dos horas que se habían apagado todas las

luces del club. El último parroquiano se había marchado cerca de las tres de la mañana.

Hacia las cuatro y media de la mañana, una sombra surgió de detrás de unos macetones con plantas de adorno situados en la parte trasera de la casa y sin hacer ruido subió los peldaños que llevaban a la puerta de entrada. El rayo de luz de una linterna eléctrica iluminó por breves instantes la cerradura. Segundos más tarde la puerta se abrió y el visitante desaparecía en el interior del edificio.

Ascendió hasta la sala de la ruleta, pasó también por las cocinas y llegó hasta la sala que daba a la terraza, aquélla en la que habían estado jugando al póker, pocas horas antes, Merriman, Maureen Kendall y otras varias personas.

Había otra habitación en el piso segundo, frente a la sala de póker. La puerta estaba cerrada. El tipo de la linterna la contempló unos segundos, indeciso. Luego hizo presión en el picaporte y la puerta se abrió.

Una sola mesa, ovalada, grande, ocupaba el centro de la habitación. Sobre ella se veían algunos receptáculos para fichas de juego. Paseó el rayo de luz por la habitación, proyectando sombras grotescas en la pared. Luego la dirigió hacia el centro de la mesa, por su parte baja.

Primero fueron las líneas de dos piernas humanas cubiertas por un pantalón de franela gris. Luego, la silueta de un torso hercúleo vestido con una fuerte americana de *sport* y como brotando del centro de la espalda, el mango de un cuchillo.

El misterioso visitante parecía haberse quedado paralizado, como sugestionado por el mango dorado, semejante a un absurdo apéndice nasal, una enorme nariz a lo Cyrano.

—¡Alex Merriman! —murmuró casi en voz alta—. ¡Absurdo, completamente absurdo! —agregó—. Me parece que se han equivocado de individuo...

Sin tocar nada, caminando hacia atrás, el misterioso visitante anduvo hacia la puerta y desapareció.

CAPÍTULO II

Dave Neal fue a instalarse en un sillón frente a la mesa de trabajo del inspector Walter Craigh, jefe de la delegación del Federal Bureau of Investigation en Las Vegas. Se mesó los cabellos rubios con una mano fina y tostada por el sol mientras miraba a su jefe y amigo con ojos que no reflejaban alegría alguna.

—Siento mucho haber interrumpido tu partida de pesca, Dave —dijo el inspector, sin mirar al agente.

—El verbo interrumpir está mal empleado en esta ocasión. Ni siquiera me has dejado iniciar esa partida a que te refieres.

—Es cierto —respondió el inspector, sin que en sus palabras se trasluciese sentimiento alguno por el hecho.

Al lado de Dave Neal, el inspector Craigh parecía pequeño y apagado. Ése era un aspecto engañoso que había causado más de un disgusto a no pocos visitantes indeseables de Las Vegas.

—Se trata de un asesinato, Dave —aclaró Craigh—. Un individuo ha sido asesinado en una casa de juego de los alrededores de la ciudad. Es necesaria tu intervención, Dave. Eres el único de la pandilla que me merece la suficiente confianza para encargarle de un caso como éste, que parece que nos va a proporcionar muchos dolores de cabeza. De modo que te ruego que me escuches atentamente.

—¡Soy todo oídos! ¡Empieza a disparar!

—Esta mañana recibí una llamada telefónica diciendo que había sido asesinado un hombre en la casa de juego de un tal Flip Vogt, situada en las afueras, en un hotel de tres plantas. Los dos hombres que iban en el coche patrullero tuvieron que forzar la puerta para abrir.

—Eso quiere decir que el asesino tenía llave o que estaba en el

interior del edificio antes de que lo cerrasen.

—Yo llegué un poco tarde —continuó el inspector, haciendo caso omiso de la interrupción—. Me acompañaban el forense y los fotógrafos y los de identificación. Efectivamente, como me habían anunciado, hallamos a un hombre muerto. Tenía un puñal o cuchillo clavado en la espalda. Le habían atravesado el corazón.

—¿Dónde estaba?

—En una sala reservada, junto a la destinada al póker. El muerto resultó ser Alex Merriman. Un jugador profesional, al parecer. Se hallaba sentado ante la mesa, dando la espalda a la sala del póker. El forense dijo que llevaba de cinco a seis horas muerto. No había señales de lucha ni violencia alguna. Solamente había una caja con cuatro mazos de naipes y cierta cantidad de fichas de pasta. Están buscando impresiones digitales...

—Correcto. Pero vamos a otra cosa. ¿Qué hay sobre esa llamada telefónica? Si el forense dice que llevaba tantas horas muerto, ¿qué motivos pudo tener el asesino para avisar varias horas después de cometido el crimen?

—¿Quién te ha dicho que sea el asesino el que nos ha avisado?

—Entonces, si no lo fue, quiere decir que alguien estuvo en el club en el espacio de tiempo comprendido entre la muerte de Merriman y el hallazgo del cadáver. Eso significa que alguien dejó entrar al denunciante o que éste tiene una llave del club, o que estaba en él cuando se cometió el crimen y se quedó hasta que llamó aquí...

—Sí. Todo eso puede haber ocurrido. Pero lo malo es que no hemos podido averiguar desde dónde ha llamado. ¿Qué opinas de todo esto?

—Pues... opino que Merriman ha sido asesinado en ese garito. Que probablemente la causa ha sido trampas de juego. Que, de ser así, es algo que no interesa en absoluto al

F. B. I.,

sino a la Policía y que, por tanto, no veo la razón para que yo no goce de mis vacaciones...

—Está bien, hombre. Entonces diré a Washington que te has negado a efectuar un servicio que te he encomendado y a Amos Anders que no quieres renunciar a tus vacaciones...

—¿Qué tiene que ver Amos Anders con todo esto? ¿Por qué debe

darse cuenta a Washington de un crimen vulgar, ocurrido en un garito?

—El senador Amos Anders era uno de los jugadores que estuvieron anoche en ese club. Fue en compañía de sus hijos Olivia y James. Merriman también fue de la partida en las primeras horas de la noche, hasta que ocurrió un pequeño incidente.

—Pero Anders y su familia no pueden estar complicados en... Bueno. No acabo de entenderlo muy bien. ¿Chantaje acaso?

El inspector se encogió de hombros, como dejando abiertas a su subordinado todo género de suposiciones. Sacó de un cajón de su mesa un sobre y una caja plana y alargada. Del primero extrajo un rectángulo de papel amarillo. Era un cheque de un importante Banco de New York, extendido un mes antes y en él se ordenaba el pago de quince mil dólares a Alex Merriman. El cheque lo firmaba James Anders.

—Lo hemos encontrado en la habitación de Alex Merriman, en el Splendid Hotel.

Luego abrió la caja y, poniéndola junto al cheque, dejó que Dave examinara su contenido.

—Eso es lo que tenía Merriman clavado en la espalda. ¿Qué te parece?

El agente contempló atentamente aquello. Era una hoja de acero, oxidada por el tiempo y rematada por un mango de madera cubierto por una lámina de latón. En la hoja, corta y ancha, de doble filo, destacaban unas manchas parduscas. Los filos no debían ser muy cortantes, pero la punta era temible, estabaafiladísima como una lezna.

—Parece un arma de teatro —murmuró Dave ya verdaderamente interesado—. Un chisme de tramoya.

—Esa misma impresión me ha producido a mí —respondió el inspector.

* * *

El inspector Walter Craigh y el agente especial Dave Neal fueron introducidos en el departamento que ocupaba el senador Amos Anders y su familia en el majestuoso Hotel Las Vegas.

Éste estrechó amablemente las manos de los dos policías mientras los miraban con sus ojillos pequeños, pero amistosos. Les

ofreció asientos, hizo una señal al secretario, quien se apresuró a acercar una mesilla rodante cargada de vasos, botellas de licor y un cubo con hielo y le ordenó que les dejara solos.

El senador no se anduvo con circunloquios.

—Supongo que el inspector le habrá dicho ya que me encuentro en una situación comprometida. Comprometida, se entiende, desde el punto de vista de mi prestigio político. No sé hasta qué punto el asunto que nos ocupa puede caer dentro de la jurisdicción del F. B. I.

Pero de lo que no cabe duda, es que, caso de divulgarse lo sucedido, mis enemigos políticos aprovecharán la ocasión para desprestigiarme y conmigo, al partido.

Dave hizo un gesto de comprensión, al mismo tiempo que se servía una buena ración de *whisky*.

—No tengo nada que ocultar —continuó el político—. La Policía ha hallado entre los efectos de ese hombre asesinado, un cheque firmado por mi hijo. Yo tengo una fe absoluta en mi hijo y quiero que usted, al mismo tiempo que descubre al asesino de ese hombre, ponga en claro la total evidencia de falta de fundamento de cualquier sospecha contra él.

El inspector Craigh sacó de su bolsillo el cheque en cuestión y se lo enseñó al senador:

—Éste es el cheque, señor —dijo—. Examínelo usted y díganos si la firma de su hijo es auténtica.

El senador enrojeció súbitamente. No cogió siquiera el papel que el inspector le alargaba.

—El Banco es en el que James tiene su cuenta —confesó, por fin—. Y la firma parece la suya. Pero debe haber algo fuera de lo corriente en este documento. James no ha tenido jamás quince mil dólares. Ustedes comprenderán que no se puede poner a disposición de un muchacho de veinte años apenas, una cantidad tan grande.

—¿Podríamos ver a su hijo, senador? —preguntó Dave.

—No está en el hotel. Salió con su hermana y unos amigos a hacer una excursión a no sé dónde. No volverán hasta esta tarde.

—Perdone la pregunta, señor, usted y sus hijos, ¿se llevan bien?

La sonrisa del senador se desvaneció unos segundos y respondió con otra pregunta:

—¿Hay hoy muchos padres que puedan responder

categoricamente a esa pregunta, agente? Ya sabe usted cómo son los jóvenes de ahora. Mis hijos no tienen madre. Murió al nacimiento de Olivia. Se han educado demasiado a la moderna. Pero yo los quiero entrañablemente. Claro que mis ocupaciones no me han permitido tenerlos siempre a mi lado. Pero creo que nos llevamos bien... Son lo único que tengo en el mundo. Espero que puedan ayudarme ustedes.

—Haremos cuanto podamos —respondió Dave—. Ahora, respóndame sinceramente si usted y sus hijos han estado en otras ocasiones en ese club.

—No, nunca. Fue un capricho de mis hijos.

—¿Jugaron fuerte? ¿Tienen costumbre de hacerlo?

—Fuerte, no. Solamente unos centavos, para dar cierto interés al juego. Pero no comprendo esas preguntas.

—Son necesarias, señor. En interés de usted mismo y de sus hijos. Puede estar seguro de que, a no tratarse de usted, las preguntas serían de otro género y hechas con menos consideración...

El senador abrió la boca para protestar, pero Dave, sin inmutarse, levantó la mano, impidiéndole hablar.

—Déjeme terminar, por favor. Cuando termine, podrá usted decirnos si quiere o no que el

F. B. I.

continúe investigando en este asunto. Ese Merriman, el muerto, estaba conceptuado como un jugador profesional. Así resulta de nuestros informes. A no ser que ese cheque firmado por su hijo sea una falsificación, es evidente que entre él y su hijo James ha existido cierta relación.

El senador, la cabeza hundida entre los hombros, parecía anonadado por las palabras del agente.

—Creo —continuó Dave, imperturbable—, que la cosa está clara. Su hijo está dominado por el vicio del juego. Y usted debía saberlo. En bien de todos, debe decirnos la verdad, senador.

—Creo que tiene usted razón —dijo el anciano, con voz apenas audible—. James me ha dado muchos disgustos. Es inútil ocultar las cosas. Conozco la pasión de mi hijo por el juego. Pero no sé nada más de sus relaciones con Merriman, excepto que él y James se han visto unas cuantas veces, pocas.

—¿Ha recurrido a usted alguna vez para que le saque de apuros?

—No. Nunca. Pero tengo la sospecha de que su víctima preferida es su hermana. Yo les tengo designada a los dos una pensión mensual, igual para los dos, pero me consta que James le está pidiendo constantemente dinero a Olivia.

—Comprendo. ¿A qué hora llegaron al club? ¿Quiénes había en la sala de póker?

—Llegamos hacia las ocho y media. Entonces sólo había una mesa ocupada. En ella estaban Shorty Dixon y esa mujer, Maureen Kendall, el propietario del club y Jim Sneed, periodista, según me dijeron, el dueño, Vogt y Denis Keel, militar retirado, creo.

—¿Se conocían ustedes?

—No. Vogt hizo las presentaciones.

—¿No vieron a Merriman?

—Entró unos momentos, cambió unas palabras con James y éste nos lo presentó a mí y a *miss* Maureen. A la una, aproximadamente, nos retiramos nosotros. Nos acompañó el periodista. A instancias de los chicos, fuimos a una sala de fiestas. No recuerdo el nombre siquiera.

—¿Se había ido Merriman ya?

—Sí. Mucho tiempo antes.

CAPÍTULO III

A instancias de Dave Neal, al inspector Craigh le acompañó a visitar el lugar del suceso.

Flip Vogt salió a recibir a los visitantes. Adivinábase en su rostro un gesto de angustia e inquietud. Saludó, sin embargo, a Neal con la mayor amabilidad, en la que el agente especial creyó descubrir una lucecita de esperanza.

—¡Esto es mi ruina, Neal! ¡Una ruina absoluta, total!

La temporada no iba muy bien, que digamos, pero, con lo ocurrido anoche, tendré que darla por terminada. Esa clientela, que he conseguido después de tantos años de esfuerzos no volverá por aquí.

—No lo crea, Vogt. Dentro de un par de meses, a lo sumo, nadie se acordará de lo sucedido.

Los dos policías subieron al segundo piso, que era por el que Neal sentía especial interés. Se encontraron con un criado, que bajaba dos cubos con basura y el inspector Craigh le llamó la atención con violencia. Había ordenado que no se tocara absolutamente nada hasta que él dispusiera lo contrario y se indignó al ver sus órdenes desobedecidas.

El hombre no sabía qué hacer con los dos cubos. Sus miradas iban de los policías al dueño del establecimiento, que, desde el piso de abajo seguía con atención el incidente.

Dave echó una mirada al contenido de los cubos y dijo, suavemente:

—Déjelo ir, inspector. No hay nada de interés.

El inspector pareció que por un momento iba a descargar su indignación contra él, pero terminó encogiéndose de hombros con resignación.

—Ya le dije, inspector —se creyó Dave en el caso de aclarar—, que solamente pretendo echar un vistazo al lugar del suceso.

En público y más estando de servicio, Dave abandonaba el amistoso tuteo a su amigo y protector.

—Si sus hombres ya han estado aquí —continuó—, es una tontería perder el tiempo haciendo un nuevo registro. Conozco a mis compañeros y sé que trabajan a conciencia.

Cuando Dave se hallaba en la sala de juego, el inspector Craigh se hacía explicar por Vogt el lugar que habían ocupado en las mesas los distintos jugadores.

Dave no les prestó atención. Estaba comprobando adonde daban las tres puertas que tenía la sala. Una correspondía al vestíbulo por donde habían entrado, la segunda era la de la salida a la terraza. La tercera..., la tercera estaba cerrada.

Buscó la llave con la mirada, pero no la encontró. Entonces se volvió hacia el dueño del club:

—¿Por qué está cerrada esa puerta, Vogt?

El hombre se inmutó visiblemente. A continuación, estalló, inesperadamente:

—¡Estoy ya harto de interrogatorios, Neal! ¡Hasta la coronilla! Desde anoche no he hecho otra cosa que contestar a un montón de preguntas imbéciles.

—Bien, Vogt. No conteste si no quiere. Pero... deme la llave de esa puerta.

—¡No sé nada de esa llave! —gritó, exasperado—. Ni pienso hacer nada de lo que me digan. Ahora mismo voy a llamar a mi abogado y se las entenderán con él.

Se volvió, con intención de dirigirse a la puerta de salida, pero Dave Neal le cogió por un hombro y le obligó a dar la vuelta.

—No haga tonterías, Vogt. Voy a averiguar por qué está cerrada esa puerta, quiera usted o no quiera, pero creí que a usted le interesaría decírmelo personalmente. Yo puedo averiguarlo de otras muchas formas.

El tono de su voz no se había alterado, pero su mirada, habitualmente bondadosa, brillaba ahora con dureza metálica. Vogt se achicó:

—Verá, inspector. Esa habitación la tenía reservada para una partida de póker. Se trataba de una partida fuerte. Y de gente que

no les gusta que los vean. Ya lo han hecho otras veces. Y siempre me piden que cierre esa puerta, para no ser vistos por los otros clientes.

—Nombres, Vogt —la voz del inspector había restallado como un trallazo—. Suelte los nombres de esa gente. Sean quienes sean. Aunque fuera el propio presidente de la Unión. Se trata de un caso de asesinato, ¿no se da cuenta?

—Se trata de Thomas Morgan y algunos amigos suyos —dijo Vogt en un susurro.

Al oír el nombre de Thomas Morgan, el inspector Craigh y Neal se miraron. Y el último empezó a comprender la razón de que interviniera en el caso de la muerte de Merriman el Federal Bureau of Investigation.

—Bueno, Vogt: explíquenos algo más. ¿A qué hora vinieron Morgan y sus amigos? ¿Hasta...?

—No puedo responder, Neal —murmuró Vogt, dejándose caer en una silla y escondiendo la cara entre las manos—. Mejor dicho, no puedo seguir ocultando nada. Yo recibí un aviso y una cantidad para tener dispuesto todo para esa partida. Parecía que se proponían estar muchas horas ahí, porque encargaron comida y bebidas en abundancia. Entre Rex y yo lo preparamos todo..., Y eso es cuanto hay. Ni Thomas Morgan ni ninguno de sus hombres aparecieron por aquí en toda la noche...

* * *

Habían dejado que Vogt volviera a su oficina y continuaban la investigación, interrumpida por unos momentos. Ahora estaban en la sala donde había sido asesinado Alex Merriman. La luz del sol del mediodía no entraba en la pieza gracias a que estaban cerradas las persianas de las tres ventanas.

Se puso a hurgar en los cordones de la persiana, situada frente a la silla trágica y las tablillas se levantaron, dando paso a un deslumbrante rectángulo amarillo. Abrió las persianas por completo y quitó los ganchos que sujetaban el bastidor de alambre. Éste se abría a su vez afuera, girando sobre dos bisagras.

La ventana daba al inculto jardín y hasta ella llegaba un enrejado de madera blanca, por el que ascendían unas matas trepadoras.

—No te hagas ilusiones, Dave —dijo Craigh, viéndole contemplar, meditabundo, el enrejado—. Nadie ha trepado por ahí. Lo estuvimos examinando esta mañana. Además, la tela metálica sólo puede abrirse desde dentro. Y lo tuvieron que colocar de nuevo desde dentro, de haber ocurrido como piensas.

—Está bien..., está bien, inspector —repuso Dave, maliciosamente—. Usted gana. Pero vamos a lo que interesa. Merriman fue asesinado aquí, pero ¿por quién?

—¿Quizá Thomas Morgan?

—Deje a Morgan. No es ése su estilo. Morgan es un tipo de la vieja escuela, con una absurda monotonía en sus métodos. Si a Merriman lo hubieran encontrado en una cuneta de cualquier carretera, acribillado a balazos, no dudaría en dirigir mi mirada hacia Morgan. Es un hombre que no tiene inteligencia para otra cosa. De todos modos, no estará de más charlar un ratito con tan simpático individuo.

—Bueno, pues a tu cargo queda. Yo me voy a Jefatura, que tengo muchas cosas que hacer. Ya sabes: espero tus informes con impaciencia.

Dave respiró satisfecho al ver desaparecer al inspector de su lado. La verdad era que el agente especial Dave Neal trabajaba mucho más a gusto cuando lo hacía solo. La presencia de alguien y mucho más si ese alguien era un superior, como ocurría en el presente caso, le coartaba.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente, domingo, Dave Neal pasó una buena parte de la mañana estudiando todo lo actuado con referencia al asesinato de Alex Merriman.

De la lectura de los interrogatorios, Dave Neal sacó poco más de cuanto ya sabía. La declaración que Dave Neal leyó con más interés fue la de Shorty Dixon. Aunque a regañadientes, Dixon admitió que buena parte de sus ingresos provenían del póker, el *bridge* y otros juegos, en los que desempeñan papel importante la habilidad y la inteligencia.

Aparte de eso, poco más sabía acerca de la vida de Merriman. Todo lo ya dicho y que Dennis Keel había sido el que presentara a Merriman en el club de Vogt y que, según había oído decir al mismo interesado Merriman debía a Keel una importante cantidad.

Cuando hubo terminado de leer la declaración de Maureen Kendall, el agente especial llamó por teléfono al inspector.

—Oye, Walter —le dijo, cuando el inspector hubo contestado a su llamada—. Necesito una amplia información sobre Maureen Kendall. Ya sabes: todo cuando se pueda averiguar sobre la vida de esa mujer, sus antecedentes, etcétera. Tengo la impresión de que han de servirnos de mucho.

—Está bien. Voy a dar las órdenes para que seas atendido. Yo te llamaré con lo que haya.

Dave volvió a sumergirse en el examen de los papeles que tenía sobre la mesa. La habitación que ocupara Merriman en el Splendid Hotel había sido registrada concienzudamente, sin que ese registro aportara nada de particular. En la cartera del muerto sólo se halló un par de cientos de dólares en metálico, cuatro mil en un cheque y el carnet de conductor, extendido a su nombre y en el que figuraba

como domiciliado en cierto céntrico hotel de Los Ángeles.

De todo ello, lo que más llamó la atención de Neal fue la ausencia casi total de documentos particulares, reducidos únicamente al permiso de conducir. Dave tuvo la sensación de que Merriman ocultaba su verdadera personalidad.

En cambio, había dejado el cheque firmado por James Anders. Dave encontraba todo aquello muy extraño, demasiado extraño y el hecho le tuvo absorto durante bastante tiempo. El timbre del teléfono se encargó de sacarlo de su ensimismamiento. Era el inspector Craigh quien le llamaba.

—Tenías razón, Dave —dijo el inspector—. Hay antecedentes de esa muchacha. No es gran cosa, ni creo que eso te sirva para tus fines. Pero ahí van: «Mujer de vida irregular. Ha sido detenida una vez por escándalo, pero fue puesta en libertad a las pocas horas, porque pagó la fianza o multa un amiguito suyo: Thomas Morgan. No se llama Maureen Kendall. Ése es un nombre de guerra. El suyo es Jacqueline Thompson. Ha sido corista y modelo. Ha sido vigilada por su amistad con Morgan, pero nada más. No han existido contra ella cargos más graves».

A la vista de estos informes, Dave Neal decidió hacer una visita a Maureen Kendall. Habitaba ésta un pequeño departamento en el segundo piso de una casa de Northon Street. La joven no se encontraba de muy buen humor cuando Dave Neal detuvo el coche a la puerta de su casa.

Durante toda la mañana había sido continuamente molestada por la presencia de detectives que se sucedían, con el único fin de preguntarle cosas idiotas. Pero, a pesar de todo, recibió a Dave Neal con la sonrisa en los labios. Y es que, por temperamento, Maureen Kendall siempre recibía con agrado a sus visitantes masculinos. Sobre todo, si poseían el tipo y la prestancia de Dave Neal.

Vestía Maureen, cuando abrió la puerta al agente especial, una «toilette» de casa, que hizo que Dave emitiera un silbido de asombro y admiración.

Bueno, en realidad, el pijama de seda blanco que lucía Maureen, cubrirla sí que la cubría, pero nada más que hasta cierto punto. Se dio cuenta en aquel momento de que la misión que le había llevado allí era muy distinta a la de admirar la belleza de la mujer y decidió que sería mucho más beneficioso para su trabajo dirigir la mirada a

una copia de «El discóbolo», de Rodin, que había sobre una consola, que seguir mirando aquella cara y aquel cuerpo.

—Perdone, señorita Kendall —lo de señorita halagó mucho a Maureen—, quisiera hacerle algunas preguntas acerca de Merriman.

Declinó la invitación a sentarse donde ella le indicaba: un diván, demasiado mullido, en el que ella se había dejado caer con descuidada «pose». Prefirió mantenerse en pie, a fin de poder examinar la habitación y estar a prudente distancia de la «vamp».

—¿Qué quiere usted saber?

—¿Hace mucho que conocía a Merriman? ¿Le conocía íntimamente?

—¿Qué quiere decir con eso de íntimamente? —Repreguntó ella, con frialdad.

—Nada ofensivo, señorita Kendall. Sólo si su amistad databa de mucho tiempo.

—No. Sólo he hablado con él en tres o cuatro ocasiones. Y siempre por haber coincidido en una mesa de juego. Ya se lo he dicho a los que vinieron esta mañana a fastidiarme.

Dave comenzó a pasearse por la habitación, procurando no mirar a la incitante mujer.

—¿Sabe usted algo de una deuda de veinticinco mil dólares que Merriman tenía con ese señor Dennis Keel?

—Es la primera noticia que tengo. Pero no me extrañaría que fuese cierto.

—Ya. Parece ser que el muerto no le era muy simpático, ¿no es así, señorita Kendall? ¿Qué me cuenta usted de cierto escándalo que armó usted la otra noche...?

—El escándalo lo voy a armar ahora, ¡maldito polizante! —gritó Maureen, levantándose del diván—. ¡Váyase! ¡Váyase de aquí! ¡No tiene ningún derecho a meter sus narices en mis asuntos particulares!

Aqué! fue el momento elegido por Dave Neal para coger una silla y sentarse. Miró al rostro de la mujer congestionado por la ira. Y la miraba con tristeza. Neal era un amante de la belleza en todas sus formas, especialmente la femenina y le dolía causar daño a aquella mujer.

—Thomas Morgan está en Las Vegas —dijo, con voz serena.

El efecto de esta noticia fue sorprendente. Maureen Kendall se

puso tan blanca como el pijama que llevaba y su cabeza cayó hacia atrás. Dave creyó que iba a desmayarse.

—¿Cómo sabe usted eso?

Su voz ya no era aguda y agresiva. Todo lo contrario.

—Le ha dado un buen susto, ¿verdad? Usted fue amiga de Morgan, pero en su ausencia ha tenido relaciones con otros hombres, ¿no es así? Incluso con Merriman, probablemente. Y con Dixon.

Un rápido y medroso movimiento de la muchacha interrumpió a Dave:

—Shorty se portó muy bien conmigo cuando Morgan fue condenado y conducido a

Sing-Sing

—dijo—. Pero fue solo al principio. Luego descubrí que es un hombre bestial. Pero me da miedo... No me atrevo a dejarlo... Merriman era otra cosa. Un hombre educado, encantador... pagó mis deudas en el club antes de que lo asesinaran. Llegué a quererle de verdad.

—Si así lo desea, dígame toda la verdad.

—No sé nada, créame. Sólo sé que le quise desde que lo vi... y que estaría dispuesta a dar mi vida con tal de descubrir al canalla que lo mató..., aunque se tratara de Shorty Dixon. ¡Y éste ha dicho mil veces que mataría a cualquier hombre que intente robarle mi cariño!

Se pasó la mano por la frente sudorosa. Dave tenía la seguridad de que la mujer le había dicho la verdad. Toda la seguridad que podía darle su experiencia de las mujeres. Se levantó de su asiento:

—¿Somos amigos? —La preguntó.

La mano de Maureen estaba fría al posarse en la del agente y aquello le inclinó aún más a dar crédito a las palabras de ella.

—Quedamos en que no sabe usted más acerca de la muerte de Merriman, ¿verdad?

—Nada más, excepto una cosa: ¡Qué yo no lo maté! ¡Yo no lo maté! —repitió acalorada.

CAPÍTULO V

Dave Neal, al salir de su visita a Maureen, iba pensando en la conveniencia de aumentar su lista de sospechosos en primer grado con dos nombres. Estos dos nombres eran Shorty Dixon y James Anders.

Las confesiones de Maureen con respecto al primero eran francamente sugeridoras. Era evidente que Shorty tenía sus motivos para odiar a Merriman y, dada su mentalidad, para matarlo..., si tenía el valor suficiente para ello.

Y que en las mismas circunstancias se encontraba el joven Anders. Pero Dave Neal se inclinaba más bien a exceptuar al muchacho. Era evidente que los celos que Shorty sentía hacia Merriman y la deuda de veinticinco mil dólares constituían fuerzas más capaces para impulsar a un hombre al crimen que la firma de un cheque, sin provisión, por parte de un joven atolondrado.

Pasó el resto de la tarde en hacer algunas averiguaciones, en las que no tuvo el éxito apetecido y a las once de la noche hacía su entrada en El Bergantín.

Se trataba de un «*night-club*», cuyo dueño, Peter Rice, antiguo contrabandista, lo había bautizado de tal forma en atención a que el interior estaba decorado con motivos marineros.

En el gabinete donde fue introducido no estaba Peter Rice. El hombre que lo saludó con movimiento de cabeza, sin levantarse del cómodo sillón que ocupaba, era Thomas Morgan en persona.

—Soy el secretario de míster Peter Rice —dijo, a modo de presentación, innecesaria, puesto que ambos se conocían perfectamente.

Se hizo un corto silencio. Fue roto por el propio Morgan.

—Sírvase lo que guste —dijo, señalando una mesita cargada de

botellas y vasos—, aunque supongo que no habrá venido a beber.

—Anoche mataron a un hombre en el club de Flip Vogt.

—¡Ah! ¿Conque es eso?

Dave Neal tradujo aquella respuesta como el hecho de que al gángster se le quitaba de encima un peso, una preocupación. Y efectivamente, sus siguientes palabras fueron acompañadas de una sonrisa:

—Y naturalmente, al amigo Vogt le faltó tiempo para darle noticias mías. Pues lo siento. No sé nada de lo que me pregunta. Puede asegurárselo así a su jefe y saludarle de mi parte. Más de treinta personas pueden confirmarle que no salí de esta cueva en toda la noche de ayer.

—Bien, no tengo por qué dejar de creer en sus palabras. Pero pudiera ser que supiera algo de ese asunto sin haberse movido de aquí. El inspector Craigh —mintió— sabe que estás en Las Vegas, donde no debes estar. Pero yo no soy tan severo como mi jefe y, a cambio de alguna buena información, haré la vista gorda...

—No siga por ese camino, agente. La información que yo puedo darle es muy breve y se la voy a dar inmediatamente. No sé nada de esa muerte y si supiera algo, no se lo diría. Thomas Morgan no es un delator —dijo, con orgullo—. Aparte de eso, díglele a su jefe que abandono Las Vegas esta misma noche y añada que yo no mato a nadie por la espalda.

Con estas palabras, el gángster creyó sin duda terminada la entrevista. Dave no opinaba igual.

—No tan de prisa, Morgan. Siéntate —respondió—. Estoy casi seguro de que tú no mataste a Merriman, pero ya no lo estoy tanto de que no sepas quién lo hizo. De todos modos, tendrás que responderme a unas preguntas o acompañarme a Jefatura, para que le expliques al viejo las causas que te han obligado a quebrantar la prohibición de aparecer por Las Vegas.

Morgan pareció meditar durante unos segundos la orden del federal. Lo primero no iba a ser una cosa muy sencilla y volvió a sentarse, resignado.

—Veamos esas preguntas —rezongó, malhumorado.

—Tú tenías reservada una sala en el club de Vogt para una partida. Incluso habías dado una cantidad de dinero por adelantado. A pesar de todo, no te presentaste, ni tú ni tus amigos. ¿Por qué?

En silencio, Morgan tomó su americana, sacó una cartera y de ésta, un papel doblado en cuatro, que entregó a Dave.

—Lea eso —dijo—. No delato a nadie. Pero el que intente hacerme una faena, puede estar seguro de que se la devolveré. Y me parece que Vogt ha intentado hacerlo.

Dave había desplegado el papel. Era una nota escrita a máquina. El papel era blanco y sin membrete alguno. Y decía así:

«El inspector Craigh ha sabido que estás en Las Vegas y que vas a venir esta noche aquí. La casa está vigilada y el inspector, furioso porque has quebrantado lo dispuesto. Tú verás si te conviene venir o no».

No llevaba firma alguna la nota.

—¿Cómo sabes que ha sido Vogt quien ha escrito esto?

—¿Quién puede ser, si no? No había otra persona que supiese que habíamos organizado esa partida.

—¿Cuándo recibiste esto?

—Ayer a eso de las cinco de la tarde. Lo trajo un «botones», según me dijeron.

—Bien, me lo voy a llevar. Quiero comprobar si está escrito con la máquina de Flip. Y aunque lo esté, eso no quiere decir que lo haya escrito él. ¿Tienes inconveniente en que me lo lleve?

—Ninguno. A mí no me puede sobrevenir ningún daño y puede servir, en cambio, para meter en la cárcel a un sinvergüenza.

Dave no pudo reprimir una sonrisa al escuchar aquellas palabras en boca de Morgan.

Dave Neal no quiso abandonar El Bergantín sin echar un vistazo a la concurrencia en general. Fue atendido en su visita por Peter Rice, el propietario avisado sin duda de su presencia.

—¿No es ése Shorty Dixon? —le preguntó.

Peter Rice asintió, con una inclinación de cabeza.

—¿Qué sabe usted de Shorty?

—Nada. A excepción de que juega fuerte y parece tener mucho dinero. Suelen acompañarle los hijos del senador Anders. A veces cubre su descubierto con algún cheque.

—Pues yo le aconsejaría a usted que no le acepte más cheques,

sobre todo si están endosados por Merriman. Lo asesinaron anoche.

Peter Rice no pareció inmutarse por la noticia, pero le entraron unas extrañas prisas por abandonar al agente. Se despidió de él, diciéndole que tenía que atender a otros clientes.

A Dave le dieron intenciones de decirle que no necesitaba acompañante de ninguna clase, pero no lo hizo y bien pronto se convenció de que el tal acompañante, en vez de ello, parecía tener la misión de no perderlo de vista.

Neal se decidió a abandonar el Bergantín. Se detuvo en el vestíbulo, antes de salir. Dos hombres pasaron junto a él. Uno era Shorty Dixon y el otro, un desconocido.

En aquel momento se detuvo un coche ante la puerta de El Bergantín y se apearon dos hombres y una mujer. Sin vacilar reconoció en la mujer y el más joven de los hombres a los hijos del senador Anders.

Shorty y su acompañante se acercaron a saludarlos y por las palabras del primero reconoció inmediatamente al que acompañaba a los Anders.

—Buenas noches —dijo Shorty—. Les creíamos a todos ustedes en la cárcel, en particular a usted, Keel.

—No tiene ninguna gracia lo que dice, Dixon —exclamó Keel, glacialmente—. Especialmente para ser dicho en público.

El agente especial creyó aquél un buen momento para intervenir en la conversación.

—¿La señorita Olivia Anders? —preguntó, uniéndose al grupo.

—¿Quién demonios es usted y qué quiere? —preguntó, a su vez. James Anders, que se había puesto rojo y miraba al policía con desconfianza.

—Es del

F. B. I.

—intervino Shorty, siempre indiscreto—. No sé qué demonios hace por aquí.

Dave había observado que un reducido grupo de individuos de no sabía dónde, se había formado a su alrededor. El amigo de Shorty cogió a éste por un brazo y lo arrastró hacia el interior del establecimiento. Dave vio en aquel momento a Peter Rice y se dirigió hacia él.

—Oiga, Rice: necesito una habitación reservada, en la que pueda

hablar con la señorita Anders y su hermano.

—No sé qué tenga que hablar con nosotros —respondió James, violentamente.

—Calla, James —suplicó Olivia—. Me parece que no perdemos nada con oír a este señor. ¿No es así, Keel?

Éste disimuló su curiosidad con una galante inclinación y Rice, abriéndose camino, les acompañó hasta su despacho. Los dejó en él, diciéndoles que allí nadie les molestaría y salió, dejándolos solos.

Dave Neal contempló a los dos jóvenes. Los ojos de Olivia sólo indicaban inquietud. Los de James, animosidad.

—Estuve esta tarde viendo a su padre —dijo Neal—. También me hubiera gustado cambiar unas palabras con ustedes dos, pero no se hallaban en el hotel.

—Cierto. Fuimos de excursión con unos amigos y a la vuelta nos detuvimos en casa de Keel a tomar unas copas. Luego, las cosas se enredaron hasta que decidimos venir aquí.

—Eso quiere decir que no han visto al senador desde anoche, ¿no es así? Y..., bueno, ¿conocían a Alex Merriman?

James Anders se irguió. Cuando respondió, su acento estaba lleno de indignación:

—Por lo visto, papá vuelve a insistir en su opinión de que Merriman es un sinvergüenza y hace cuánto puede para apartarnos de su compañía. Para eso debe haberle empleado a usted. Pues bien —terminó, furioso—: dígame que ha fracasado. Merriman es una bellísima persona y...

—Una bellísima persona que fue asesinada anoche. Por cierto, que entre sus cosas se encontró un cheque de cierta importancia, firmado por usted.

¡Oh, no! —exclamó Olivia, llena de angustia—. Si precisamente anoche...

—Anoche fue apuñalado por la espalda en el club de Vogt.

James se había levantado de su silla y paseaba nervioso de un lado para otro.

—¡No es posible! —exclamó—. Y ahora, ese cheque...

—Explíquese —ordenó Neal, serio.

—Ese cheque es una tontería. Merriman y yo habíamos acordado que, a la vista de los demás, simularíamos jugar por grandes sumas, pero, en realidad, cada dólar valía solamente un centavo.

El «farol» le salió mal a James. Olivia se levantó y fue hacia él en actitud de desafío.

—Mientes, James. Pero no pienses que voy a seguir ocultando tu juego. Quédate aquí. Voy fuera a hablar con el señor Neal.

James obedeció, asustado. La joven, dando media vuelta, cogió del brazo a Dave, que la miraba con asombro y le hizo salir del cuarto y acompañarla al jardín.

—Ese cheque —dijo, apenas llegaron al sitio donde ella se creyó a cubierto de oídos indiscretos—, ese cheque existió, quiero decir, que James lo extendió por todo su valor, aunque no sé de dónde pensaba sacar el dinero para hacer frente a su compromiso. Como yo sabía que tal cosa no podía ser, intervine cerca de Merriman y éste fue tan amable que lo rompió. Pero se guardó los pedazos, para tener un arma contra James, si no con respecto al Banco, sí para con mi padre. Merriman accedió a ello, a condición de que James no volviera a jugar más y..., porque estaba enamorado de mí.

—Y usted, ¿le correspondía?

—No, creo que no. Por lo menos, no le amaba todavía, pero podía haber llegado a quererlo con toda mi alma, porque era un hombre admirable.

Estaba en el jardín, al borde de la piscina, desierta a aquella hora. De pronto vio fulgurar algo en la semioscuridad y se agachó instintivamente, pero con rapidez. Sin embargo, no pudo evitar que aquello le rozara violentamente la cabeza. Sin proferir un grito, medio atontado por el golpe, cayó en las negras aguas de la piscina.

Olivia Anders vio el cuerpo del policía sumergirse, desaparecer de la superficie y, lanzando un grito de terror, se desvaneció.

CAPÍTULO VI

Dave Neal se incorporó con dificultad sobre la cama.

Sentía que la cabeza le pesaba como si fuera de plomo y echó mano a ella, intentando averiguar por qué le había crecido tanto. Porque la sensación que tenía era ésa, que su cabeza había aumentado de volumen extraordinariamente.

La habitación donde se hallaba la reconoció perfectamente. Era la suya propia. Lo que no podía explicarse era quién le había llevado allí, ni cuánto tiempo llevaba en ella. Pulsó el timbre que había a la cabecera de la cama y esperó.

Pronto resonaron en el exterior los conocidos pasos de *mistress* Simpson, su patrona y la puerta se abrió para dar entrada a la robusta señora, portadora de una bandeja cargada con el desayuno.

—Buenos días, señora Simpson —dijo el policía, sin obtener a su saludo más que un ruido parecido al leve mugido de una vaca.

—Son las diez de la mañana. Lleva usted en la cama desde las cuatro que le trajeron y tiene en la cabeza cinco puntos de sutura. ¡No sé cuándo dejará usted de meterse en líos y buscar un trabajo menos peligroso que el de policía!

Se fue sin esperar la respuesta y a los pocos segundos se recortaba en la puerta de la habitación la maciza figura de su amigo y jefe.

—Pasa, pasa, Walter —dijo Dave, con la boca llena—. Estaba concentrando en estos momentos mis últimos recuerdos. Me hallaba hablando con Olivia Andersen el jardín de El Bergantín...

—Cuando alguien te arrojó un artefacto que afortunadamente no te dio como esperaba que te diera —terminó el inspector.

—No comprendo, explícate. ¿Qué artefacto era ése? ¿Y qué pretendían al arrojármelo?

—Se trata de un puñal y la pretensión era que se te clavara en el cuerpo hasta la empuñadura, no que te diera en la cabeza con el puño. Caíste a la piscina desvanecido por el golpe y te hubieras ahogado a no ser que a los gritos de Olivia acudieron y Keel se arrojó a la piscina y te pescó.

—Vaya, vaya. De modo que le debo la vida al bueno de Keel, ¿no? Procuraré pagarle el favor. Pero vamos a otra cosa. En un bolsillo del traje que llevaba tenía una nota escrita a máquina. ¿Qué ha sido de ella?

—Si te refieres a la nota escrita advirtiéndote a Morgan que no fuera al salón de Vogt, la tengo yo. Registré tus ropas para ver si podía averiguar algo de lo que estabas haciendo cuando te ocurrió ese percance. Ya he hecho indagaciones sobre ella. Ha sido escrita en la máquina de Vogt.

—Lo suponía, aunque eso no quiere decir gran cosa. Un gran número de personas puede tener acceso hasta esa máquina. Morgan también opinaba que la había escrito Vogt, pero yo tengo mis dudas.

—Por si te interesa —dijo el inspector—, te diré que Morgan ha abandonado Las Vegas. Se fue esta mañana a primera hora, según se ha podido averiguar. Bueno, ¿sabes algo que nos aclare el motivo de la agresión de que fuiste objeto anoche? ¿Sacaste algo en limpio de tu visita a Morgan?

—Poca cosa: que Merriman rompió el cheque de James Anders a petición de la hermana de éste, de quien estaba enamorado.

—¡Caray con Merriman! Era un tenorio. Maureen Kendall, Olivia Anders...

—No compares, Walter. Son dos cosas distintas.

—Sí, es posible, pero no me negarás que es muy raro que un jugador profesional acceda a romper un cheque de importancia, como el firmado por James, por los arrumacos de una mujer.

—Bien. Dejemos eso por ahora. Necesito que hagas dos cosas mientras yo pueda levantarme. La primera es comprobar si desde la terraza del club de Vogt puede verse a un hombre que esté sentado en el sitio en que estaba Merriman cuando lo asesinaron. La segunda es pedir informes de Alex Merriman a todas las Policías del mundo, pero especialmente a Scotland Yard. Envía telefotos y encarece la máxima urgencia.

Cuando Dave Neal entraba en el despacho del inspector Craig, a las once de la mañana del día siguiente su jefe no se hallaba solo en el despacho. Había también otras dos personas: Dennis Keel y una mujer elegantísima, bella y provocativa, a quien el inspector presentó con el nombre de Mima Blyth.

Dave se apresuró a dar las gracias a Keel por su salvamento de la piscina y Keel manifestó modestamente que no había hecho otra cosa que cumplir con su deber. El inspector cortó las cortesías bruscamente:

—El señor Keel y la señorita Blyth han venido a facilitarnos una información interesante, Dave. Dicen que estuvieron jugando la noche del asesinato de Merriman en la misma mesa que lo hicieron el senador Anders y su hijo. Y recuerdan que después de la salida de Merriman, cuando su altercado con Maureen Kendall, míster Keel vio a un hombre agazapado en la terraza.

—Sí —dijo Keel— yo estaba sentado frente a la ventana. Míster Anders estaba dando cartas en aquel momento. Vi un individuo a quien no alcancé a distinguir bien y se lo dije a *miss* Mirna Blyth.

—¿Usted también lo vio? —preguntó Dave a la joven.

—Pues no. No puedo asegurar que lo viera. Lo único que recuerdo es que Keel me dijo algo sobre eso, pero yo estaba distraída pensando en otras cosas. Más tarde sí recuerdo haber visto a un hombre que venía, procedente de la terraza.

—¿Mucho más tarde?

—Sólo unos minutos.

—¿Le conoce usted?

—Sí. Es un tal Jim Sneed. Creo que es periodista o algo por el estilo.

Nada más pudieron añadir, ni Dave sacó nada en claro de cuanto le habían dicho.

Cuando la visita hubo desaparecido, Dave entregó al inspector algo que sacó de un sobre. Era unas partículas de tierra.

—Si encontrásemos otras iguales en las rodillas de los pantalones de alguno de los que estaban aquella noche en el club Vogt, habríamos adelantado gran cosa en nuestra investigación.

Eso quiere decir que tú también sabías que alguien había entrado a cuatro pies por la terraza, ¿no es así?

—Exacto. Para llegar al fondo de la terraza hay que pasar por delante de la ventana. Y la única forma de hacerlo sin ser visto es caminando a cuatro pies.

—Bueno, pero una vez que el individuo que fuese logró llegar al fondo invisible de la terraza, ¿qué ganaba con ello?

—Desde allí es posible ver el interior de la sala de póker a través de la última ventana del vestíbulo. El asesino arrojó entonces el cuchillo. Como habrá usted visto, el arma es exactamente igual a la que arrojaron contra mí en El Bergantín. Debe ser un tío muy hábil en ese «deporte». No concibo cómo falló el tiro conmigo. Bien y de los informes pedidos, ¿qué hay?

—Hasta ahora sólo ha respondido Washington. Negativamente. Merriman carece de antecedentes allí.

Como faltaban todavía tres horas para el cóctel de Keel, Dave Neal decidió hacer otra visita al club de Vogt. El edificio parecía desierto, abandonado.

Rex Moreno, el camarero, abrió la puerta al agente especial. Tenía cara de sueño y no pareció alegrarse mucho al reconocer al visitante.

—¿Dónde está la máquina de escribir del señor Vogt? —preguntó.

—Se la llevó la Policía esta mañana, señor.

Dave hizo un gesto de contrariedad y pensó que si Craig se lo hubiese dicho se habría podido ahorrar el viaje hasta el club.

—Voy a subir a echar un vistazo —anunció—. Quédese usted aquí y avíseme si viene alguien. No quiero que se me moleste.

Salió a la terraza y llegó hasta el fondo. Luego se sentó en el sillón y se puso a meditar. Era indudable que en un momento comprendido entre las once de la noche y las dos de la madrugada del sábado anterior, Alex Merriman había sido asesinado en aquel mismo club. Y Dave Neal estaba seguro de que el crimen había sido cometido arrojando un cuchillo contra él desde aquella misma terraza a través de la ventana.

Volvió al vestíbulo. En el cielo raso de la habitación, exactamente sobre el último peldaño de la escalera, se abría una especie de camaranchón. Sintió inmediatamente una gran curiosidad por ver lo que había en él.

Una ligera flexión de brazos dio entrada a su cuerpo en el

camaranchón. El desván era amplio y estaba ocupado por algunos trastos cubiertos de una espesa capa de polvo. Dave se dijo que debía hacer meses o años enteros que nadie pisaba aquello. Se encaminó a un ventanuco y al llegar a él se volvió. Las huellas de sus pies habían quedado claramente impresas en el polvo.

Abrió la ventana que daba a un tejadillo que calculó debía caer sobre la terraza. Estaba cubierto de tejas rojas y hacía una leve inclinación. Dave saltó sobre él.

Sentía viva curiosidad por llegar hasta el borde del tejadillo y echar un vistazo desde allí. Para lograrlo se tumbó a lo largo y comenzó a arrastrarse con el mayor cuidado. Cuando llegó hasta el borde y pudo inclinar la cabeza para mirar hacia abajo, hacia los bastidores con telas metálicas que protegían los ventanales, sudaba a chorros.

Permaneció unos momentos con la mirada fija en la parte superior del bastidor, observando en el extremo la presencia de unas pequeñas manchas apenas perceptibles. Aquel hallazgo le hizo emitir un gruñido de satisfacción.

Con mayor lentitud emprendió la vuelta hacia la ventana. Hacia la mitad del camino encontró una teja suelta. La levantó. Debajo de ella había madera y en ésta un agujero hecho con un taladro. Era lo que esperaba encontrar.

Si el descenso había sido difícil, ascender hasta la ventana lo era más. Cuando llegó por fin a la meta deseada presentaba un aspecto lamentable. Pero eso no tenía importancia alguna. Lo verdaderamente importante era la sorpresa que recibió al intentar penetrar de nuevo en el desván. ¡La ventana había sido cerrada por dentro! Dave sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. No era muy grata la perspectiva que se abría ante sus ojos.

Estaba visto que alguien tenía un decidido interés en deshacerse de él y hacía todo lo posible por lograrlo. En menos de cuarenta y ocho horas había sido agredido en El Bergantín y puesto ahora en aquella peligrosa situación, con el ánimo, sin duda, de que, perdidas las fuerzas, cayera hasta el fondo.

Pero quienquiera que fuese el que lo había colocado en aquel trance, se conoce que no estaba dispuesto a esperar tanto tiempo. En efecto, cuando iniciaba el descenso decidido a intentar el salto a la terraza, lo que consideraba un riesgo menor, llegó hasta sus oídos

el característico ruido de un disparo de arma de fuego.

Silbó una bala junto a su cabeza vendada y de la pared del edificio, bajo la ventana, saltaron esquirlas de yeso. Dave se agarró con fuerza a las tejas y detuvo la marcha.

Afortunadamente para él, al disparo primero siguieron otros varios, pero éstos, efectuados por armas de mayor calibre, no estaban dirigidos contra su persona. Y exhaló un suspiro de satisfacción. Aquello no podía significar otra cosa, sino que los hombres dejados de vigilancia en los alrededores del club por el inspector Craigh intervenían en su favor.

Volvió a arrastrarse hacia la ventana con nuevos ánimos y cuando estuvo al pie de ella se incorporó. De un puntapié rompió el cristal del ventanuco, descorrió el pestillo introduciendo la mano por el cristal roto y segundos más tarde se encontraba a salvo en el interior del desván.

Bajó apresuradamente al piso bajo. Junto a la puerta de la cocina, un hombre, un agente uniformado, prestaba sus cuidados a Rex el camarero, que había sido adormecido de un cachiporrazo. El agente le explicó que tenía la misión, junto con otro compañero de vigilar el club. Al oír el primer disparo salieron de sus puestos y acudieron en socorro del agente especial, a quien habían visto entrar poco antes.

—Desgraciadamente —añadió—, el misterioso atacante, al que apenas habían podido distinguir, logró internarse en el bosquecillo que había a la salida y desaparecer.

CAPÍTULO VII

Maureen Kendall estaba tumbada, rígida, en su cama, escuchando el ruido que producían las hojas de un árbol situado frente a su ventana al golpear contra los cristales. Desde las ocho de la noche había podido ver desde su balcón a un hombre paseando de un lado a otro de la calle. Veinte veces se había asomado para mirar y otras tantas había visto a aquel hombre. Por fin, hacia las doce de la noche el individuo se retiró, pero fue reemplazado por otro.

El árbol, mecido por el viento, proyectaba sombras en la pared del dormitorio.

Maureen no era cobarde. Su vida no había sido la más a propósito para sentir miedo de las sombras ni de los ruidos de las hojas sobre los cristales. Lo que le daba miedo a Maureen eran los hombres. Algunos hombres, por lo menos. Especialmente, Thomas Morgan y Shorty Dixon.

De pronto, conteniendo la respiración, casi sin alterar la postura en que se encontraba, metió la mano derecha bajo la almohada. Alguien estaba en el recibidor y ese alguien sólo podía ser... Sus dedos se crisparon sobre la culata de una pistola automática.

—Deja eso, Maureen. ¡Soy Shorty!

Maureen dirigió el rayo de luz de una diminuta linterna eléctrica hacia donde había sonado la voz, iluminando la cara del hombre.

—Eres un imbécil —dijo—. Si tardas un minuto más en hablar hubiera disparado.

Shorty se adelantó y fue a sentarse a los pies de la cama.

—Hay un tipo vigilando la casa —dijo en voz baja—. He dejado el coche unas manzanas más abajo. Y cuando lo vi decidí entrar por la parte de atrás.

—Muy inteligente —murmuró ella, irónica—. ¿Y por qué tenías

tanto interés en verme?

—Tengo un buen asunto a la vista, Maureen. Algo que nos pondrá a cubierto de dificultades para toda la vida.

—Eso me lo has dicho muchas veces para que pueda creerte. Siempre estás detrás de algo muy grande, pero siempre seguimos igual. Pero no se trata ahora de eso. Yo sí que tengo algo grande que contarte. La Policía sospecha de ti, Shorty. Hay un agente especial, un tal Neal...

—¡Al demonio con ese tipo! No ve más allá de sus narices. Anoche estuvieron a punto de acabar con él en El Bergantín. Le dieron en la cabeza con no sé qué y cayó en la piscina. Cuando lo sacaron estaba muerto.

—Estás muy enterado, Shorty.

—Naturalmente. Como que estaba allí.

Maureen se inclinó para ver mejor a Shorty en la semioscuridad que reinaba en la habitación.

—No pienso seguirte por ese camino, Shorty —dijo—. No tengo empeño alguno en que se me sienten en la silla. Puedes hacerlo tú si quieres.

—¡No te atreverás a abandonarme! —murmuró, amenazador.

—Eso depende de muchas cosas, Shorty. También creía lo mismo Morgan. Pero yo no estoy dispuesta a que ni tú ni él ni nadie me lleve adonde no quiero ir.

—Es algo que puede reportarme mucho dinero, Maureen. Dinero para los dos, se entiende. Sé quién agredió a ese agente federal.

—¿Quién fue?

—El mismo que mató a Merriman el sábado pasado.

—No mientas, Shorty.

—Te juro que es verdad. No te daré detalles. No me fío de las mujeres. Pero para que veas que es cierto, mira.

La luz de la linterna de Maureen cayó sobre un papel que el hombre había desdoblado ante sus ojos. Maureen, llena de curiosidad, leyó:

«He de hablarle esta misma noche. No se vaya hasta que pueda hacerlo. Procure ir, sin que le vea nadie, a la sala reservada de póker. Espéreme allí, con las luces apagadas».

—Bueno. Y eso ¿qué quiere decir?

—Estaba en uno de los bolsillos de Merriman.

—Me parece que te estás complicando la vida estúpidamente, Shorty. Si eso lo encontraste donde dices, quiere decir que tú estabas muy cerca de donde ocurrió la cosa. ¿No serías tú...?

—No seas imbécil y escúchame. Después de traerte a casa el sábado, volví al club. Tengo una llave de la puerta trasera que me permite entrar cuando quiero. La suelo emplear cuando hay partidas fuertes y Vogt, por precaución, manda cerrar la principal.

—Pero el sábado no había tal partida. ¿Para qué regresaste al club?

—Tenía la sospecha de que iba a ocurrir algo raro. Cuando Merriman tuvo aquellas palabras contigo y se fue, no salió del club.

—No digas absurdos. Todos oímos el ruido de su auto.

—Sí, pero no era el de Merriman. Era un coche más pequeño. No sé quién era el hombre que lo conducía, ni qué había estado haciendo allí, pero tengo la sospecha de que ese hombre era el que buscaba el asesino. Merriman fue asesinado por error. Así lo comprendí cuando lo encontré muerto en la madrugada. Yo fui quien avisó a la Policía. Fue una tontería que hice, no sé por qué.

—Bueno. Y ahora ¿qué piensas hacer?

—Ahora sé quién fue el asesino. Lo había visto en la noche del sábado, andando a cuatro pies por la terraza del negocio de Vogt. Y anoche lo vi agredir a Neal. Luego, lo seguí hasta...

—Y tú quieres exprimir el jugo a lo que sabes, ¿no? Eso es un chantaje y te llevará de cabeza a la cárcel o a otro sitio peor.

—No me ocurrirá nada. Ese tipo pagará cuanto se le pida. Debe tener mucho dinero. Nadie se arriesga a dos asesinatos casi seguidos, si no es porque tenga mucho que perder. Como te decía, le seguí hasta el club de Vogt. Debe tener escondido allí algo de gran interés. Y yo sé dónde lo guarda. Esta noche se ha llevado una parte a su casa. No renunciaré al golpe.

—No sigas, Shorty. En otro tiempo creí amarte —dijo Maureen, con una voz extraña—. Eras un jugador, pero todavía no te habías enfangado. Luego empezaste a hacer trampas. Y perdiste gran parte de mi aprecio. Lo que me propones ahora pasa de la raya. No te lo aguanto. Cuando pienses volver a como eras antes es posible que recuperes mi estimación.

Shorty la oía asombrado.

—¿Estás loca, Maureen? ¿Qué significan esas palabras?

—Significan que no quiero que hagas eso. No te seguiré. Abandoné a Morgan cuando supe que era un asesino. Y lo mismo haré contigo si haces lo que piensas. Te prometo olvidar cuanto me has dicho, pero a condición de que no entres en contacto con ese hombre. En caso contrario, hablaré a la Policía.

—¡Tú no harás eso! ¡Te mataría!

—Puedes intentarlo si quieres. No te temo. Y ahora, vete. Cuando pienses de otra forma puedes volver.

Shorty se puso en pie, inclinándose hacia la mujer, con aire amenazador.

—¡Eso es una traición, Maureen! —murmuró en voz ronca—. ¡Y te juro que me la pagarás!

Echó a andar hacia la puerta del dormitorio y a mitad del camino se volvió para reiterar su amenaza.

—¡Me la pagarás, Maureen!

Ella permaneció inmóvil en la cama, mientras los pasos de Shorty se iban perdiendo por el corredor en busca de la escalera de servicio. De nuevo, con infinitas precauciones, sacó de debajo de la almohada la automática y la sostuvo en su mano derecha, cubierta solamente por la fina sábana.

—¡Estúpido, imbécil! —murmuró en voz alta, como si estuviera hablando con alguien invisible—. ¡Me ha contado todo cuanto piensa hacer y ni siquiera se ha dado cuenta de la presencia de otro hombre en la habitación de al lado!

* * *

Dave Neal se juzgó merecedor a una tregua en sus trabajos durante aquella noche. Al fin y al cabo, no se habían recibido todavía los informes solicitados acerca de la personalidad de Alex Merriman y probablemente no llegarían hasta el día siguiente.

Que él se distrajera durante un par de horas presenciando un buen partido de «base-ball»

en el estadio no iba a ser cosa que afectara en favor o en contra del éxito de su misión.

Dave llegó temprano, contra lo que en él era inveterada

costumbre. A pesar de ello, en las taquillas se agolpaba la gente y cada vez escaseaban más los lugares para aparcar los coches.

Entregó su entrada al acomodador, que lo dejó en un asiento de quinta fila de la tribuna central. El campo estaba magníficamente iluminado y Neal miró a su alrededor. Faltaban todavía bastantes minutos para empezar el partido y Neal decidió bajar a la entrada de paseo.

Intentó abrirse paso hasta la barandilla que bordeaba la pista, pero la multitud formaba una masa compacta que lo inmovilizaba. Su atención fue atraída de pronto por un movimiento de reflujo de la gente a poca distancia de donde él se hallaba. Y entonces tuvo una de sus corazonadas. Algo que no sabría explicar le dijo que allí, a unos pasos de él, había ocurrido alguna cosa anormal y que esa cosa le afectaba directamente a él.

De pronto se encontró en primera fila de un círculo de personas que miraban fascinadas algo que había tendido en el suelo. Eran dos bultos: los de una mujer y un hombre. Ella era una muchacha completamente desconocida para Dave y que no mereció de su parte más que una leve mirada. Aquella mujer se había desmayado de la impresión.

Y la cosa no era para menos. A su lado, casi doblado sobre la barandilla, como una extraña prenda de ropa puesta a secar, se veía el cuerpo de un hombre y la sangre que se desprendía de su cuerpo caía sobre el blanco vestido de la muchacha. De la espalda brotaba alucinante el mango de un cuchillo. Dave se acercó y cogiendo la cabeza por los pelos giró el rostro del muerto, para soltarlo inmediatamente. ¡Había reconocido a Shorty Dixon!

Desde una de las cabinas llamó al inspector Craig, informando del caso. La respuesta de su jefe le dejó perplejo:

—¡Lo que no comprendo todavía es cómo no fuiste tú la víctima!

CAPÍTULO VIII

Un hábil maquillaje no era suficiente para disimular por completo las violáceas ojeras que circundaban los ojos de Maureen Kendall ni los profundos surcos que se marcaban a ambos lados de sus labios rojos. Y la causa de todo ello era el miedo.

No se lo hubiera confesado a nadie, naturalmente, pero a ella misma no podía ocultárselo. Sería absurdo. La muerte de Merriman, seguida con pocos días de diferencia de la de Shorty Dixon, la habían impresionado profundamente. Los dos habían sido buenos amigos suyos, enamorados, mejor dicho. Y no sabía si a aquellos dos nombres podría ir a sumarse, dentro de nada, el suyo.

Y justo en aquel momento oyó el timbre de la puerta.

No pudo contener un suspiro de satisfacción al abrir la puerta y encontrar ante ella el rostro sonriente y agradable de Dave Neal. Seguramente fue aquélla la primera vez que Maureen sonrió al hallarse en presencia de un policía.

—Recibí una gran alegría anoche al enterarme de que no le habían matado —dijo la joven, mientras Dave se sentaba a su lado, en el gabinete.

—Muchas gracias, Maureen. ¿Quién se lo dijo?

¿Otro interrogatorio? —preguntó, con voz mimosa—. Creo recordar que el otro día me dijo usted que seríamos amigos...

—Y lo mantengo —respondió Dave—. La prueba es que mi visita no tiene carácter oficial. He venido solamente para invitarla a comer..., si quiere acompañarme.

Naturalmente, aceptó. Y mientras pasaba a su dormitorio para vestirse dejó a Dave Neal con la agradable misión de confeccionar unos cócteles.

Salió ella a los pocos minutos luciendo un vestido elegantísimo,

perfectamente ajustado a su bella anatomía. Estaba realmente incitante.

—Su invitación constituye para mí una novedad —dijo, mientras aceptaba la copa que le ofrecía Dave y tomaban asiento, juntos, en un sofá—. Casi siempre que he ido a comer con alguien tenía la sensación de que mi acompañante podía ser asesinado antes de terminar la noche.

—Tranquilícese —repuso Dave, muy serio—. El hombre que en cuarenta y ocho horas ha sido objeto de dos o tres atentados contra su vida y ha salido indemne de todos ellos, es invulnerable.

Volviéndose sonriente hacia la joven, añadió:

—¿No le da miedo?

—No. Y menos aún si pienso que yo tampoco soy muy buena compañía. Estoy pensando seriamente en abandonar Las Vegas.

Dave la miraba asombrado. No pudo suponer jamás que Maureen tuviera miedo. Fue a decir algo, pero ella le interrumpió con un gesto. Y las palabras que pronunció a continuación le dejaron estupefacto.

—El asesino de Merriman y de Shorty estuvo en esta casa la otra noche...

La miró él con el ceño fruncido y su voz se endureció súbitamente:

—¿Y sabiendo eso ha dejado usted que Shorty fuese al encuentro de la muerte, Maureen?

La joven se encogió de hombros.

—Le suponía más inteligente —dijo.

A continuación, sin que Dave tuviera que obligarla, contó todo lo ocurrido. La visita de Shorty entrando por la puerta de servicio y burlando la vigilancia de los hombres del inspector Craigh.

—Me dijo que había sido testigo de la agresión de que fue usted objeto en El Bergantín. Le creía muerto. Añadió que el hombre que había asesinado a Merriman era el mismo que le había agredido a usted.

—Pero ¿no dijo su nombre?

—¿Cree usted que si lo hubiera hecho no se lo habría dicho ya? No... No dio nombre alguno, ni tengo la menor idea de quién pueda ser. Y eso es precisamente lo que origina mi miedo. Miedo de todo, hasta de salir de casa.

Hizo una pausa para tomar un nuevo sorbo y a continuación le refirió cuanto Shorty le dijo la noche antes, incluso lo de extorsionar al individuo que agredió al federal.

—¿Le dijo Shorty algo más?

—Sí. Me dijo que en uno de los bolsillos de Merriman había encontrado una nota escrita a máquina, sin firma. No recuerdo las palabras exactas, pero en esa nota alguien le decía a Merriman que esperase en la sala reservada, a oscuras.

—Está bien, Maureen. Pero ¿por qué no nos contó todo eso al inspector o a mí ayer por la mañana? Hubiéramos podido salvar la vida de Shorty.

—Porque tuve miedo. O tal vez porque odio a los soplones. Pero no, fue por el miedo. Temí verme envuelta en un lío. Y resolví callarme... hasta que, sin saber por qué, he hablado ahora. Creo que es que me he dado cuenta de que tal vez sería lo mejor decir la verdad.

La voz de Maureen había adquirido de pronto un leve matiz acariciador que Dave no había observado hasta entonces. Cuando se volvió para mirarla se había recostado contra el respaldo del diván.

—Soy una mala mujer, Neal. Hasta ahora muchos hombres han intentado manejarme. No lo han conseguido más que dos. Uno de ellos ha muerto. Me ha parecido que lo mejor era decir la verdad, si no quería que el otro siguiera idéntico camino.

Dave Neal pasó por alto la alusión.

—No creo que sea usted una mujer mala —dijo. Y tomando luego un aire frívolo, añadió—: Bueno yo podría ayudarla, si me lo permite. El otro día me dijo usted que daría cualquier cosa por ayudar a descubrir al asesino de Merriman..., que es el de Shorty, según parece. ¿Sigue pensando lo mismo?

—Sí. Pero eso no producirá ningún dinero.

—Está equivocada. Si lo hace va a correr algún riesgo y es lógico que se le indemnice. El senador Anders ha ofrecido una buena cantidad por el descubrimiento del criminal. Le interesa sobremanera que su nombre, mezclado en este asunto gracias a su hijo, salga limpio de este lío. Y, sobre todo, que se demuestre que el joven James no tuvo nada que ver en la muerte de Merriman. Yo me encargo de que parte de esa cantidad se la den a usted.

—Pero ¿qué puedo yo hacer?

—Mucho. Verá: una mujer valiente e inteligente puede ser de gran utilidad. Yo creo que empiezo a ver claro en este rompecabezas. Y usted puede ayudarme.

—La verdad es —respondió Maureen, riendo— que algunas veces he pensado en hacer algo útil en mi vida, pero nunca se me había ocurrido convertirme en mujer detective. ¿Qué impresión se siente cuando se sabe que la Policía va a ayudar a una y no tratar de detenerla?

—No sé. Haga la prueba y compruébelo usted misma.

Maureen, con voz velada por la emoción, estrechó una de las manos del joven, diciéndole:

—Estoy a sus órdenes, Dave.

No sabía por qué, pero Dave Neal estaba decidido a confiar en aquella mujer. Y sin vacilaciones le contó cuanto podía contarle: las diligencias llevadas a cabo hasta entonces, los proyectos que tenía, de quiénes sospechaba y de quiénes no.

Minutos después abandonaban el apartamento y subían al coche del federal. Los dos iban en silencio. Habían salido fuera de la ciudad, cuyas luces se veían a lo lejos. Dave pensaba llevar a la invitada a cierto restaurante, famoso en Las Vegas, situado a unas cuantas millas del centro.

—¿Qué le ocurre, Maureen?

La inesperada pregunta hizo respingar a la joven.

—Creo que voy a tardar bien poco en entrar en servicio a su lado. Nos siguen, Dave.

—Ya lo sé —respondió Dave, repentinamente tranquilizado—. Son algunos compañeros míos que el inspector ha nombrado para protegerme, pero...

—Nada de eso, amigo. Los hombres del inspector venían detrás de nosotros, es cierto, pero sin duda figurándose adonde nos dirigimos, han tomado otra dirección para llegar antes. Se separaron de nosotros al llegar al bulevar Rootwood. Pero no se dieron cuenta de que ellos eran seguidos a su vez. Y ése es el coche que se nos acerca cada vez más. Creo que nos convendría apretar el acelerador.

Con no poca sorpresa, Dave Neal se había percatado por medio de una mirada al retrovisor que Maureen decía la verdad.

—Conozco la táctica de esa gente, Dave. Se proponen unir su

coche al nuestro y empujarnos contra la acera. Preocúpese del volante y deme su pistola...

Hablaba con absoluta serenidad y Dave se alegró de haberse asegurado su colaboración. Entregó su pistola a la joven, seguro de que haría de ella buen uso.

—Mucho tendrán que correr para alcanzarnos —dijo—. Agárrese bien, que vamos a volar. ¿Tiene miedo?

—A nada ni a nadie —respondió Maureen, con voz tranquila—. ¡Corra!

De pronto el cristal trasero del «sedan» saltó hecho añicos y Dave sintió el silbido de una bala rozándole la cabeza. Iban ya cerca de cien por hora.

—Disparan con silenciador —dijo Maureen, sin que su voz denotara intranquilidad alguna. Procure no perder ni un metro de la ventaja que les llevamos.

Inmediatamente oyó el ruido de un disparo y reconoció el estampido de su propia pistola. El automóvil perseguidor hizo un brusco cambio de dirección hacia la derecha y la risa de Maureen resonó, alegre.

—Parece que se está usted divirtiendo —exclamó Dave, asombrado.

Sin responderle, la mujer bajó el cristal de la derecha y volvió a disparar contra los agresores. Dave apretó un botón del tablero de mandos y la sirena policíaca rugió estruendosa. El agente especial había decidido no admitir la lucha mientras fuera sólo con la muchacha, pero estaba seguro de que al rugido de la sirena no tardaría en acudir uno o varios coches patrulleros y entonces los perseguidores tendrían que abandonar la persecución o correr el riesgo de enfrentarse con fuerzas superiores.

Al llegar a un cruce, Dave clavó los frenos, las ruedas del coche chirriaron quejumbrosas contra el pavimento y el «sedán» dio la vuelta con violencia.

Fue tan inesperada la maniobra, que el auto perseguidor no tuvo tiempo de hacer lo mismo y pasó de largo, pero no con tanta rapidez que Maureen no pudiera disparar contra él por dos veces consecutivas.

Manejando el volante con maestría, Dave restableció el equilibrio de su coche, disminuyó un poco la velocidad, para

aumentarla seguidamente en dirección a Las Vegas.

Desde dos puntos distintos llegaron hasta ellos los alaridos de otras tantas sirenas de la Policía. El auto de los bandidos se había perdido en la lejanía, pero Dave no disminuyó la velocidad hasta hallarse más cerca de la ciudad. Cuando paró llevaba a un lado del coche a un auto patrullero, al otro, una motocicleta con un agente de tránsito.

—¿Qué le ha ocurrido, míster Neal? —preguntó un sargento de la Policía que se había apeado del patrullero y reconoció inmediatamente al agente—. ¿Están heridos?

—No, sargento. Gracias. Sólo que...

—Lo mejor que podían ustedes hacer —dijo Maureen, interrumpiéndole— sería buscar un «Lancia» con matrícula de Reno cuatro mil quinientos sesenta y siete. Desde ese auto han disparado contra nosotros. ¡Era el coche de Alex Merriman!

CAPÍTULO IX

Dave Neal no estaba satisfecho. Era bien cierto que había escapado a la encerrona que le preparó no sabía quién.

Y aquello le estaba hartando. De continuar de aquel modo nada de particular tenía que en la nueva asechanza contra él ya no le acompañara la misma suerte y cayera para siempre.

Había vuelto con Maureen al restaurante donde pensaba llevarla a cenar. Se trataba de un restaurante instalado en una cabaña rústica, de estilo indeterminado y caprichoso.

Estaba terminando de consumir un delicioso pollo asado a la parrilla y acompañado de una verdadera pirámide de champiñones y dos botellas de vino californiano y a pesar de ello, ni Dave ni Maureen se hallaban contentos.

—¿Bailamos, Maureen?

—Espere un poco. Creo que me siento un poco mareada. Su mirada estaba fija en una pareja que acababa de entrar. —¿Conoce a éstos?— preguntó al agente.

—Si se refiere a ese tipo del traje verde que lastima a la vista y a la mujer que le acompaña, tengo que responderle que no.

—Pues él es uno de los hombres más peligrosos de la banda de Morgan.

—¡Vaya, vaya! Conque uno de los dogos de Morgan, ¿eh? ¿La conoce a usted?

—No creo. No me vio más que una vez y durante unos segundos nada más.

Dave Neal permaneció silencioso por espacio de unos instantes.

—Creo que ha llegado el momento de sacar las uñas, Maureen —dijo—. Ya estoy harto de ser la percha de todos los golpes. Y creo que voy a cobrarme una parte de lo que me deben.

—Cuenta con mi ayuda —dijo la joven—, pero antes vamos a terminar el vino que queda en la botella.

Cuando la botella quedó vacía, Dave se levantó. En sus manos llevaba la carta del restaurante, en la que previamente había estado garrapateando con un lápiz. Echó a andar a través del comedor en dirección a una puerta del fondo. Dos hombres, que se hallaban sentados a una mesa, precisamente junto a esa puerta, lo vieron llegar con cierta aprensión.

—¿Estará borracho?

—No lo creo —respondió el otro.

Cerca ya de la mesa, Dave dio un traspié y fue a caer sobre las rodillas del que primero había hablado. Cuando se incorporó, murmurando unas palabras ininteligibles, la carta había quedado sobre la mesa ocupada por los dos hombres.

Dave continuó su camino y transpuso la puerta que debía constituir su momentánea meta. Pocos segundos después volvía a salir y regresó a la mesa donde le esperaba Maureen.

La orquesta lanzó los primeros compases de un mambo y la pista quedó casi instantáneamente llena de parejas. El hombre del traje verde alfalfa bailaba con su compañera, a la que llevaba materialmente incrustada contra su pecho.

Dave y Maureen se levantaron a su vez, dispuestos a bailar. Se abrieron paso entre la masa de bailarines y comenzaron a bailar todo lo mal que sabían. Al cabo de dos vueltas a la pista emparejaron con el del traje verde y su amiga. Dave examinó atentamente el rostro del individuo. Era un rostro bestial, en el que se reflejaban todos los vicios.

—¡Vaya un ejemplar! —exclamó.

—¿Qué va a hacer, Dave? Necesito saberlo, si he de colaborar.

—Voy a armar bronca.

—Encantada. ¡Ésa es mi especialidad!

Volvían a estar junto a la pareja designada. Dave dio un paso en falso y uno de sus pies fue a caer con bastante fuerza sobre el derecho del individuo. Por su parte, Maureen, sin duda por no poder mantener el equilibrio al soltarla Dave, dio una patada en la espinilla a la compañera del mastuerzo.

El pistolero reaccionó, conforme Dave esperaba:

—¡Salga de la pista, animal! ¡Salga, o le parto las narices!

Su pareja, entre tanto, hacía equilibrios sobre un pie, como las grullas, mientras que se cogía con las dos manos la pierna lastimada. Dave Neal, cogiéndose a la cintura de Maureen, hacía evidentes esfuerzos para incorporarse. Pero, indudablemente, el vino que llevaba en su estómago debía ser mucho, puesto que no lo consiguió del todo, se tambaleó y de nuevo volvió a pisar el pie del pistolero. El izquierdo, ahora, naturalmente.

Aquello era más de cuanto el pistolero podía aguantar, sobre todo porque el segundo pisotón fue acompañado de una estridente carcajada de Maureen.

El individuo del traje verde, cuando sus pies se lo permitieron, intentó abalanzarse contra Dave, pero sus ímpetus fueron contenidos por una fuerza misteriosa o, al menos, a él le pareció misteriosa aquella fuerza que, golpeándole en la mandíbula, como si estuviera lanzada por una catapulta, le hizo derrumbarse en el suelo, desde donde vio una cantidad de rostros azorados que lo miraban con curiosidad.

Se pasó una mano por las narices y la retiró llena de sangre. Indignado hasta el paroxismo, llevó la misma mano al bolsillo trasero del pantalón, sin preocuparse si lo manchaba o no. Allí debía encontrar su revólver. Efectivamente, allí estaba y el maldito borracho las iba a pagar caras.

Pero el maldito borracho, o para ser más exactos, uno de los zapatos del número 43 que calzaba el borracho, aplastó su revólver y su muñeca contra el piso, haciéndole lanzar un aullido de dolor.

Unos segundos después, el pistolero se encontraba entre dos hombres que, con unos modales, que evidentemente no podían considerarse como extremadamente amables, lo arrastraban hacia el interior del restaurante. El asombro del pistolero creció hasta el límite máximo al ver que los dos individuos lo dejaban ante el borracho que por dos veces casi seguidas le había pisado los pies.

Cohén, que así se llamaba el pistolero, no podía dar crédito a sus ojos: la borrachera, que hacía tan sólo dos minutos gozaba aquel individuo, había desaparecido como por encanto. Aún más: si le hubieran preguntado su parecer, habría jurado que aquel tipo no debía haber probado una maldita gota de *whisky* en su vida.

—Este angelito se llama Fred Cohén, ¿sabes, Dave? Así, por lo menos, se desprende del sobre de una carta que hemos encontrado

en su poder. Pero hemos encontrado sobre su fea persona algo de mayor interés. ¡Mira!

Al decir esto, el compañero de Dave extendía la palma de su mano derecha, sobre la cual se veía una jeringa hipodérmica, una aguja y dos inyectables de morfina.

Dave sonrió de tal forma, que a Fred Cohén se le arrugó el magnífico traje y comenzó a sentir verdadero malestar en el estómago. Pero haciendo de tripas corazón, se tiró un farol.

—¡Váyanse al diablo! Ese truco de encontrar sobre uno cosas que jamás pensó en llevar está ya muy gastado. Inventen algo nuevo. Aunque lo mejor sería que me dejaran en paz inmediatamente, o les costará caro.

La puerta de la habitación se abrió para dar paso a Maureen Kendall, portadora de un cubo con hielo, entre el que flotaba una botella entera del picante vinillo californiano.

—Es usted el hada de la oportunidad, Maureen. Sírvanos unos vasos de ese vino, haga el favor. Y luego acérquese a contemplar a este pájaro. ¿Ha visto alguna vez uno de tan brillante plumaje?

Una vez hecho lo que se le pedía, Maureen, con su vaso en alto, fue a situarse ante el gángster, que se preguntaba qué diantres pensaba hacer con él aquella gente. La joven paladeó un sorbo de vino y Cohén vio de pronto algo en sus ojos que le hizo estremecerse.

—¿De modo que por fin has caído, «Murder»? ¿Te acuerdas de Judy Clayton?

Sin esperar la respuesta del bandido, que había palidecido hasta la lividez, la joven se volvió hacia los tres agentes que la contemplaban, intrigados:

—Este individuo vivía en San Francisco hace cuatro o cinco años. Tenía una amigueta, esa Judy Clayton, pero estaba harto de ella. Y para quitársela de encima, no encontró mejor medio que darle una paliza tan descomunal, que murió a consecuencia de los golpes recibidos. Por esa hazaña, sus amigos le dieron el sobrenombre de «Murder» Cohén. ¿No es así, Cohén?

Los dos compañeros se habían colocado a ambos lados del asustado gángster, que interiormente maldecía el momento en que se le había ocurrido entrar a divertirse unas horas en aquel maldito restaurante.

Dave miró significativamente a sus compañeros y ordenó a uno de ellos:

—Cierra la puerta con llave. Vamos a hacer con este tipo un escarmiento. De todos los asesinos, el torturador de mujeres es el más repugnante. Siempre he deseado echar el guante a uno de ellos.

Se hizo un silencio mortal en la habitación. Las respiraciones de los presentes daban la impresión de ser resoplidos de un motor en marcha. Cohén se mordía las uñas hasta hacerse sangre. A lo lejos se oía la orquesta del restaurante, que interpretaba un bailable epiléptico.

—¡Es una locura! —murmuró uno de los compañeros de Dave, realmente impresionado.

—¡Eso es, eso! —gritó Cohén, presa de un ataque de nervios—. ¡Ese hombre está loco! ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme!

—Claro que estoy loco, Cohén. Tan loco como estabas tú cuando mataste a aquella muchacha. ¿No fue la locura lo que te salvó de la cámara? ¿O fue, acaso, la intervención de algún picapleitos pagado por Morgan? Estoy loco, Cohén. Y por eso mismo te voy a matar. Te voy a matar del mismo modo que tú lo hiciste con Judy. De una paliza. Sólo hay una forma de evitarlo, pero no sé si tú...

—¿Cuál, cuál? ¡Dígamela!

—Que hables. Que me digas todo cuanto sepas de Morgan. Y de quién hay detrás de Morgan.

La frase fue lanzada a la ventura. Dave no había pensado ni un solo instante que Thomas Morgan tuviera nadie tras de él. Pero la mirada de espanto que se reflejó en los ojos de Cohén le dijo que había dado en la diana. Y repitió lo dicho:

—¡Todo lo que sepas de Morgan y de su jefe! ¡Es la única forma de evitar que te mate!

Y Fred Cohén habló.

* * *

Fue su sensible olfato el que despertó a Dave Neal a la mañana siguiente. La verdad era que la bebida trasegada durante la noche anterior había excedido la medida de la prudencia. Después de dejar a Cohén bien protegido tras los barrotes de las rejas de la prisión, Dave y Maureen habían continuado buscando a alguien por todos los centros de diversión de Las Vegas. Y si de algo puede

presumir esta ciudad es de un gran número de establecimientos dedicados a divertir a la gente.

Bueno, el resultado fue que, en el último *cabaret*, Maureen tuvo que rogar a un camarero que le ayudara a subir a su compañero al coche que habían dejado a la puerta. Y como desconocía el domicilio del agente y no podía pararse en aquel momento a hacer averiguaciones, se lo llevó a su propio departamento.

El grato olor a café bueno y a no menos bueno tocino frito, tuvo sobre el subconsciente de Dave mayor influencia que cualquier otra cosa del mundo. Abrió un ojo, luego otro. Y los volvió a cerrar inmediatamente, ante el insoportable dolor de cabeza que sentía.

Acabó de despejarse completamente al entrar Maureen Kendall en la habitación, portadora de un vaso de zumo de naranja deliciosamente helado. Se lo bebió de un sorbo y notó que la refrescante bebida contribuía a que desapareciese en buena parte la amarga pastosidad de su boca.

—¿Qué ocurrió anoche, Maureen?

—¿Qué quiere usted que ocurriera? Lo natural. No es posible visitar uno por uno todos los bares de Las Vegas, todas las salas de fiesta, todas las tascas, todos los sitios, en fin, donde se bebe, sin terminar de otro modo que como terminamos.

—¿Por qué no me llevó a mi casa?

—¡Hijo de mi alma! En primer lugar, yo no estaba en situación de pensar con claridad. No sé dónde vive usted. Y tampoco se me ocurrió llevarlo a Jefatura.

—¡A Dios gracias! ¡Bueno se habría puesto el inspector Craigh!

Habían terminado de desayunar y Dave pasó al cuarto de baño. Desde él preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Maureen?

—No sé. Pero creo que lo primero que debe hacer usted es llamar a Dennis Keel. Telefoneó diciendo que tiene mucho interés en hablar con usted.

CAPÍTULO X

A pesar de la urgencia con que Keel pretendía verle, a pretexto de tener que darle cuenta de algo muy importante, Dave Neal pensó en que sería muy conveniente celebrar una entrevista primero con su jefe y amigo, el inspector Walter Craigh.

Aunque era mucha la confianza que el inspector tenía en él y Dave lo sabía, pensó que hacía cerca de veinticuatro horas que no cambiaba impresiones con él y eso era algo que a Craigh le sentaba muy mal.

Lo encontró en su despacho charlando con uno de los agentes que la noche pasada habían colaborado con Neal en «la broma» que le gastaron a Fred Cohén.

Sobre la mesa del inspector vio Neal una pistola «Luger» provista de silenciador, un llavero de cuerpo con unas cuantas llaves planas, una cachiporra de plomo recubierta de cuero y algunos papeles.

—Ésta es la pistola que estuvo a punto de poner fin a tu vida anoche cuando, en vez de ocuparte de tus obligaciones, paseabas por ahí con esa rubia —dijo el inspector a modo de saludo.

Dave cogió el arma, la examinó detenidamente y volvió a ponerla sobre la mesa.

—Esa insinuación acerca de mi frivolidad es ofensiva —dijo, muy serio—, pero dejemos eso. ¿De quién es esa pistola y dónde se ha encontrado?

—Esta mañana, mientras tú dormías la borrachera, nosotros hemos estado trabajando. Nuestros hombres han encontrado el auto de Alex Merriman, que, por cierto, es el mismo desde el cual te quisieron matar y...

—... creo recordar que los datos para encontrar ese vehículo fueron facilitados por esa rubia, sobre la que tan ofensivamente te

has expresado.

—¡Vete al infierno! —replicó Craig, incomodado—. Bueno, tienes razón. Se ha encontrado el coche gracias a esos datos, pero sin ellos también habría sido capturado. Y te ruego que dejes ese tono irónico. Estamos ante un asunto de una seriedad absoluta, en el que puedes perder la vida. No lo olvides.

—No lo olvido —contestó Dave, imperturbable.

—El coche ha sido hallado abandonado en un callejón, detrás de unos almacenes solitarios. Me gustaría saber dónde diablos lo han tenido oculto hasta ayer. Lo hemos estado buscando por toda la ciudad.

—Eso no importa ahora. ¿Qué más han averiguado?

—Los peritos en balística afirman que el orificio existente en el cristal trasero del auto que usaste anoche fue producido por una bala disparada por esa pistola.

—¿Algo más?

—Sí. Algo más. Puede que tú no lo juzgues importante. ¡Como eres tan indiferente y tan escéptico!

Hizo una pausa, para dar mayor dramatismo a la bomba que se disponía a soltar y antes de hacerlo lanzó una nueva y furibunda mirada a Dave:

—He recibido un informe de París. De él se desprende que la filiación de Alex Merriman corresponde exactamente a la del agente de la Interpol de nacionalidad inglesa, Francis Cotten, el cual estaba encargado de cierto asunto de drogas de mayor importancia y del que no se tenían noticias desde hacía un mes.

Si el inspector Craig había confiado en sorprender a Dave, se llevó un chasco. El joven se limitó a decir:

—Desde el momento en que Washington nos dijo que carecían de antecedentes de Alex Merriman, sospeche que el muerto no era ningún aventurero, ningún delincuente. Claro que no podía suponer que fuera un miembro del Interpol, supuse, sencillamente, que se trataría de algún investigador privado.

Expuso al inspector las razones que le habían inclinado a esa sospecha y terminó diciendo:

—Merriman o Cotten, lo mismo da, se encontraba en Las Vegas de caza. Pero le salió el tiro por la Culata y resultó cazado.

Craig endureció el gesto, signo indudable de su creciente

preocupación.

—Excuso decirte que, si antes este endemoniado asunto tenía interés, ahora ese interés se ha convertido en algo más importante. He de contestar a París y he de informar a Washington. Todos se nos echarán encima, instigándonos no sólo para que vengamos la muerte de Merriman, sino también para que demos cima a la misión iniciada por él.

—De acuerdo.

—Creo conveniente —exclamó el inspector, sacando de uno de los cajones de su mesa una abultada carpeta— que, en vista de cómo se presenta ahora el caso, echemos un vistazo a la lista de sospechosos.

Dave Neal se encogió de hombros con un gesto de resignación. Entraban en la parte detestable del oficio: el papeleo. Pero comprendió que era absolutamente necesario y accedió con un gesto. Además, aquello le gustaba a Craigh, hombre metódico, amante de estadísticas, notas, informes y otros papelotes, que agobiaban al agente.

—En primer lugar, están los Anders —habló el inspector—. Gente rica, de posición social elevada, contra los que nunca hubo nada. El cheque firmado por el joven James no nos autoriza a considerarse más que como lo que es: una locura de juventud, sin más trascendencia que la puramente familiar. ¿Conforme?

—De acuerdo.

—A continuación, tenemos, o teníamos, mejor dicho, a Shorty Dixon. Un tipo de antecedentes turbios, de vida más turbia que sus antecedentes, que pudo ser y en realidad lo fue, uno de los primeros sospechosos. Desgraciadamente, nos ha facilitado una prueba indiscutible de su inocencia, dejándose asesinar.

—Sí. Ha sido una prueba irrefutable —comentó Dave, ahogando un bostezo.

—Tenemos luego a Maureen Kendall. A pesar de que tengo aquí abundante información acerca de esa señorita, la voy a pasar por alto, seguro de que tú debes estar mucho mejor informado que yo respecto a ella.

—En efecto. Sigamos con los otros.

—Está Jim Sneed. Un periodista provinciano, cronista de sociedad, maestro de chismes, pero tan inofensivo como escaso de

dinero. Sneed es uno de esos hombres que, por muchos esfuerzos que se hagan, no es posible concebir como mezclado en unos asesinatos.

—Muy interesante.

—Sigue ahora Dennis Keel. Se graduó en Harvard. Ha estado en la guerra. Fue licenciado con el grado de capitán. Es un hombre de posición y respetable a carta cabal. Por cierto —continuó el inspector—, que todavía no me has dicho qué fue lo que declaró anoche ese Cohén en la posada. Aquí le hemos interrogado, pero la verdad es que no hemos sacado nada en limpio.

Dave se sintió satisfecho por estas palabras. Se conoce que Cohén, al hallarse tras los seguros barrotes de su calabozo, había recuperado parte de su valor y se disponía a defenderse con arreglo a los clásicos procedimientos gangsterianos. Y seguramente habría adivinado que el agente que le había gastado aquella bromita en el restaurante, no se atrevería a decir el procedimiento que había empleado para hacerle hablar más de lo que le convenía.

Efectivamente, el inspector Craigh, reglamentista hasta la exageración habría puesto el grito en el cielo de haberse enterado de la escena ocurrida en la noche anterior. Dave hizo como que no había oído la insinuación de su jefe y preguntó:

—Falta la información acerca de Flip Vogt y el camarero Moreno. ¿Es que no la tienes?

—Sí. Sí que la tengo. Flip es un hombre que lleva muchos años en Las Vegas. No se puede decir de él que sea un santo. Pero todo su mal comportamiento se reduce a cierta negligencia en la observación fiel de las leyes que regulan el juego. Nada de importancia. Y en cuanto al camarero, es un tipo que cumplió una pequeña condena hace algún tiempo. Nada de interés. Además, está plenamente demostrado que no pudo ser él quien disparara contra ti cuando estuviste en el tejadillo. Moreno se encontraba en el interior del establecimiento sin conocimiento, a consecuencia de un golpe que alguien le dio en la cabeza.

* * *

Dennis Keel abrió personalmente la puerta de su departamento en respuesta a la llamada de Dave Neal y lo condujo hasta un gabinetito, amueblado con lujo y sobriedad.

—¿*Whisky*?

—Con mucho gusto —respondió Neal.

El agente pensó que, en efecto, no habría nada en el mundo que le resultara más agradable en aquel momento que la reconfortante frescura de un *whisky* con soda y bastante hielo. Todavía le dolía un poco la cabeza como resultado de la agitada noche anterior y del examen de papelotes en compañía del inspector Craigh.

Se estaba paseando de un lado a otro de la habitación, mientras oía a Keel, que en la cocina hacía tintinear copas y botellas.

—Tiene usted mala cara, Neal —dijo el ex militar, mientras servía las bebidas—. Creo que le sentará bien esto.

—Pues no estoy enfermo ni preocupado, si es eso lo que se figura, Keel —replicó Neal, dejándose caer en un cómodo butacón—. Es, sencillamente, que estoy harto de asesinatos y de violencias. Pero dejemos eso. ¿Qué tenía que decirme?

Keel contrajo los músculos faciales y su rostro se surcó de profundas arrugas.

—¿Conoce usted los alrededores de Las Vegas, Neal?

—Desde luego.

—Pues bien: un amigo mío, un tal Harold Fisher, tiene, a unas sesenta millas de aquí, un rancho. Es una hacienda grande y hermosa. Ayer precisamente estuve pasando el día con él. Fue en señal de despedida, porque ese amigo ha salido esta misma mañana para New York y tardará algún tiempo en volver por aquí.

A Dave le entraron unas ganas horribles de decirle a su interlocutor que conocía perfectamente los pasos dados por él no sólo durante el día anterior, sino también en los anteriores, puesto que tanto Keel como los demás sospechosos estaban sometidos a una discreta, pero estrecha, vigilancia por parte de los hombres del inspector Craigh. Pero se limitó a decir que no conocía al tal amigo.

—Mi amigo y yo —continuó Keel— somos ardientes aficionados a la caza y pasamos la mayor parte de la jornada en un bosque enclavado en su propiedad, en el que tiene un coto magnífico.

—¿Hacia dónde cae esa finca?

—Hacia el Este —respondió Keel—, cerca de Bunkerville, lindando ya con Arizona. A mediodía —continuó Keel— estalló una tormenta y nos apresuramos a refugiarnos en el pabellón de caza que mi amigo tiene en pleno corazón del bosque. Fue una cosa

casual. Pero creo que encontré allí algo que le ayudará extraordinariamente en sus indagaciones.

El cansancio y la depresión de Dave Neal habían desaparecido completamente, para dar paso al interés. Agitó un poco el hielo de su vaso y terminó de beber el contenido.

—Muy interesante. Continúe.

—Debo recordarle que mi amigo hacía más de seis meses que no visitaba su finca y más aún que no había puesto los pies en el pabellón de caza.

Abrió el cajón de una mesa y sacó de él un objeto envuelto en papel de seda. Lo deslió y, ante los ojos de Neal, apareció un frasco de cristal diminuto y que reconoció inmediatamente. Se trataba de uno de esos frascos que se emplean para el envase de los antibióticos. En efecto, la etiqueta decía: «Penicilina». Pero lo que llamó la atención de Neal fue una fina capa de cera que cubría parte del cuello del frasco.

—Es extraño. No es así como suelen cerrar en los laboratorios estos productos.

—No. Es cierto. Y creo estar en condiciones de aclararle esto. Ya sabe usted seguramente que yo hice la guerra. Estuve en el Japón y en Filipinas. Y allí vi algo parecido. Se trata de un método empleado por los contrabandistas de opio.

—Comprendo.

—Cuando tienen algún cargamento que desembarcar, lo llevan a algún lugar frente a la costa, previamente designado y, casi siempre, de noche. La droga la meten en frascos vacíos de medicamentos, de poco volumen y para evitar su pérdida, aseguran los cierres con cera, con lo que logran su impermeabilidad. Con los frascos forman paquetes y éstos van provistos de pequeñas linternas eléctricas, cuyas pilas tienen una duración aproximada de una hora. Desde tierra se avisa a los de la embarcación contrabandista, el momento adecuado. Entonces, los paquetes son arrojados al agua. Desde la playa, una lancha se hace a la mar y repesca los paquetes con facilidad. Luego se distribuyen, seguramente por todos los Estados Unidos.

—Bien. El procedimiento es original. Pero aquí, en Las Vegas, no hay mar. Estamos muy lejos de él.

—Y ¿cree usted que no puede desembarcarse cerca de Los

Ángeles, o de San Diego, o de cualquier otro punto de la costa y traerlo luego a Las Vegas, o a San Francisco, o a cualquier otro lugar de la Unión? Ese tráfico, procedente seguramente de México, no es tan difícil.

—En efecto. Es muy posible —dijo Dave, levantándose y volviendo a guardar el frasco en su envoltura de papel. Muchas gracias, Keel. Es posible que este frasco no contenga ni haya contenido más que penicilina, pero también puede haber tenido morfina o cualquier otra droga. Voy a llevármelo a Jefatura para que lo analice. ¿Encontró algo más?

—No. Nada más.

—Me gustaría echar un vistazo a ese pabellón —dijo.

—Nada más fácil. Mi amigo me ha dejado al cuidado de la finca. Tenía pensado, con el permiso de su dueño naturalmente, invitar a algunos amigos a una partida de caza. Podría usted unirse a nosotros.

—Encantado. ¿Quiénes serán los invitados?

—A algunos no creo que los conozca usted. A otros, sí. Los Anders serán de la expedición. Ya conoce usted su afición al juego, especialmente por parte de James. Seguramente, por la noche formaremos una partida.

Aquella misma tarde, el informe de los peritos en huellas de la Jefatura sumió a Dave en el asombro: en el frasquito de penicilina hallado en aquel famoso pabellón de caza habían sido encontradas dos clarísimas huellas digitales de Flip Vogt.

CAPÍTULO XI

Empleando sus propios medios o los que puso a su disposición Keel, en su papel de anfitrión, todos los invitados se encontraban al día siguiente en el rancho La Mouette, en la comarca de Bunkerville, propiedad de Harold Fisher, el desconocido amigo de Dennis Keel.

A última hora, Dave Neal había logrado convencer al inspector Craigh para que le acompañara, porque, según dijo, tenía la impresión de que en la proyectada reunión se iban a producir acontecimientos interesantes que pudieran escapar fácilmente a la vigilancia de una sola persona, pero que difícilmente escaparían a la de dos.

Dave se guardó muy bien de decir que también contaba con la colaboración de Maureen Kendall y que los ojos de ésta valían el doble, no por su tamaño precisamente, sino por dos cosas, muy dignas de tenerse en cuenta: ser inteligente y ser mujer. Cosas ambas que raramente se producen.

Durante el camino, Dave puso a su jefe y amigo al corriente de su entrevista con Keel y, en justa correspondencia, el inspector le dio cuenta del informe expedido por los peritos en huellas.

—Se encontraron dos huellas, perfectamente visibles —dijo Craigh—. Ambas corresponden a las impresiones digitales de Flip Vogt que tenemos en nuestros archivos.

—¿No había ninguna otra? —preguntó Dave.

—Sí, pero tan borrosas, que ha sido imposible su identificación.

Permanecieron unos instantes en silencio, mientras Dave dedicaba su atención al volante. El inspector parecía muy preocupado.

—Se me hace muy extraño —dijo, por fin— que un frasco de medicamento manipulado por Vogt haya ido a parar a esa finca.

Tengo entendido que Flip no se ha movido de Las Vegas hace muchos años.

—Eso no quiere decir nada —repuso Dave—. Puede haberlo llevado allí cualquier otra persona. Lo que es verdaderamente extraño y excesivamente casual es que no aparezcan en él más impresiones digitales que las de Vogt.

A su llegada a la finca fueron recibidos por el propio Dennis Keel y la familia Anders.

—Son ustedes los últimos en llegar —afirmó el senador, estrechando la mano a los dos recién llegados.

Efectivamente, en el comedor, amplio y lujosamente amueblado, se hallaba el resto de los invitados. Dave paseó una mirada por los allí congregados. Saludó con cierta efusión a Maureen, que estaba muy entretenida pintándose los labios y retocándose su indumento de cazadora, indumento un tanto arbitrario y que seguramente estaba destinado más bien a aparecer en la plana central de una buena revista de modas que a afrontarse con un jabalí en pleno bosque.

También estaba allí Flip Vogt, un tanto asombrado —le pareció a Dave— de haber sido invitado a una partida de caza, él, que jamás había cazado otra cosa que incautos destinados a ser desprovistos de su dinero en las mesas de juego.

Jim Sneed daba vueltas constantemente alrededor de la habitación yendo de uno a otro de los invitados, como si estuviese ya relamiéndose ante la perspectiva de algún notición que diera lustre a su fama de cronista, un tanto maltrecha desde hacía algún tiempo.

Los hermanos Olivia y Jim Anders no podían ocultar su preocupación, demostrada por él con un gesto más huraño que de costumbre y por ella por un constante cambio de postura en su asiento, como si padeciera agujetas.

Terminado el desayuno, se inició la marcha al bosque donde se había de dar la batida. Todos los cazadores, formando parejas, habían recibido instrucciones y eran acompañados por ojeadores, que los guiaron a los puestos designados a cada uno.

Dave se las había arreglado de modo que su pareja fuera Maureen Kendall y el inspector Craigh llevaba a su lado a una señora que seguramente, al enterarse de que era un solterón de

buena posición, pensó que la partida de caza podría proporcionarle a ella una pieza inapreciable: un marido.

Los cazadores se diseminaron con arreglo a lo convenido y con la consigna de reunirse cuatro horas más tarde en el pabellón de caza, para el almuerzo.

Pero la jornada, que tan divertida y prometedora se anunciara, tuvo corta duración. Aún no había transcurrido una hora de espera y los cazadores estaban ya francamente aburridos. Las piezas que debían haber sido cazadas, avisadas seguramente por algo desconocido, parecían haberse puesto de acuerdo para no dejarse ver en el radio de acción de las escopetas más o menos expertas que les esperaban.

Sin embargo, de pronto, sin que nada pudiera hacer pensar en que los animales designados como futuras víctimas hubiesen cambiado de parecer, un disparo retumbó en la soledad del bosque. Gritos de alborozo saludaron la primera manifestación demostrativa de que aquello era en realidad una cacería. Pero los gritos cesaron con la misma rapidez que habían comenzado, al sobresalir entre ellos el alarido de una persona.

Dave Neal dejó con la palabra en la boca a Maureen, que en aquel momento y en vista de la total ausencia de animales dispuestos a dejarse cazar, se disponía a contar a su acompañante el último chiste llegado a Las Vegas, chiste que seguramente debía ser de un verde tan acusado como el paisaje que los rodeaba.

Se oían voces de otras personas que acudían apresuradamente al sitio donde había sido oído el grito de dolor, pero Dave Neal, gracias a aquellas sus piernas tan desmesuradamente largas, fue el primero en llegar al lugar del suceso. Y lo que vio le hizo olvidar a Maureen Kendall, el chiste que se disponía a contarle y cuanto le rodeaba.

Tumbado de bruces contra el suelo, con la cabeza hundida en el verde césped, ligeramente teñido de rojo, en aquel instante yacía el senador Amos Anders. Dave temió lo peor. Y lo peor para él era lo que iban a decir en Washington, al enterarse de que todo un senador había sido asesinado ante las mismísimas narices de dos representantes del Federal Bureau of Investigation.

Afortunadamente para Dave y, naturalmente para el senador, Amos Anders sólo estaba herido. A continuación, fueron llegando

los demás cazadores. Primero, el inspector Craig y su inseparable y grotesca pareja. Luego apareció a la vista de Dave la carita pálida y angustiada de Olivia Anders.

—¡Papá! ¡Papá! —murmuró, con voz estrangulada.

Quiso arrojarse sobre el cuerpo del senador, pero Dave se lo impidió, con suave firmeza.

—No se asuste, Olivia. Está herido solamente.

—¿Grave?

—No lo sé. No puedo decírselo. Pero ahora no hay que perder tiempo alguno. Es preciso llevarlo inmediatamente a la finca.

Naturalmente, entre el poco éxito de la cacería y el accidente ocurrido al senador Anders terminaron con la partida que con tan buenos auspicios había comenzado. Seguramente que ninguno de los invitados se sentía contrariado por el fin de la aburrida expedición, pero el que no podía ocultar su contento, a pesar de que hacía grandes esfuerzos para conseguirlo, era Flip Vogt.

El jugador iba pensando en que seguramente la reunión se disolvería al llegar al rancho del amigo de Keel, o que, de no ser así y había que pasar el día y la noche en la finca ya se las arreglaría él para organizar una buena partida, en la que poder resarcirse del tiempo perdido tan lamentablemente.

* * *

Amos Anders, tumbado en el lecho, en la habitación que le había sido destinada, dejaba escapar de cuando en cuando un sordo quejido. Su semblante estaba tan pálido, que se confundía con la blancura de la almohada en la que reposaba su cabeza.

El propio Dave Neal, que en sus años mozos había estudiado la Medicina, recordó sus prácticas de hospital. La herida, en su opinión, no ponía en peligro la vida del senador. Seguramente que si se hubiese visto obligado a explicar en qué basaba su optimismo, se le habría puesto en un aprieto, pero algo tenía que decir, especialmente para consolar a la desventurada Olivia.

Le había hecho una primera cura, bastante completa, gracias a lo bien provisto que estaba el botiquín del rancho y después procedió a vendársela, cosa que hizo con indudable arte.

—Hemos hecho cuanto ha sido posible —dijo, cuando terminó, dirigiéndose a la hija del herido—. No creo que pueda hacerse más

por un aficionado. Ahora sólo queda esperar a la ambulancia, que ha sido avisada y que en el hospital hagan la extracción del proyectil.

—¿Morirá?

—No. Pero tardará en curar y será doloroso. Creo que tiene la clavícula destrozada, pero el pulmón no ha sido afectado.

—Quiero quedarme a su lado —manifestó Olivia.

—Naturalmente. Yo estaré en mi habitación con el inspector Craigh. Si ocurre algo, llámeme.

El inspector estaba sentado junto a un velador y examinaba atentamente un librito de notas que tenía en la mano. No levantó la cabeza a la entrada de Dave. Se limitó a volver una hojita del libro y cuando el agente se hubo sentado cerca de él, habló, con tono resuelto:

—En cuanto lleguemos a Las Vegas voy a detener a Flip Vogt.

—Hazlo, si quieres. Pero tengo la seguridad de que Vogt es absolutamente ajeno a esa agresión. He registrado su habitación y su equipaje, aprovechando un momento en que él no estaba en su cuarto. No posee pistola alguna. Y el disparo hecho contra el senador es de arma corta.

—Pero puede llevarla encima. O haberla arrojado en el bosque, una vez efectuado el crimen.

—Pudo ser, pero tengo la sospecha de que no ha sido así. En mi opinión, alguien trata de hacer recaer las sospechas sobre Flip, para tender un velo que nos impida ver al verdadero criminal.

—¿En qué te fundas para semejante suposición?

—En varios detalles, pero especialmente en esas huellas encontradas en el frasco de penicilina.

—Pero ¡si eso es principalmente lo que le acusa!

—A simple vista, sí. Pero ¿no te extraña precisamente la tenacidad de esas huellas? Observa que no ha habido nada capaz de borrarlas. Ese frasco, si, como suponemos, ha servido para meter en él alguna droga, ha debido sufrir un sinnúmero de manipulaciones. Han tenido que manosearlo los que metieron en él la droga, los que la hayan usado, en fin, infinidad de gente.

—Sí, pero es posible. Si Vogt ha sido el último en tocar el frasco...

—Vogt no es un habitual de las drogas. No hay más que mirarlo

para comprenderlo. Puede haber sido el vendedor, por ejemplo, pero después de él han debido estar en manos del morfinómano. Y sus huellas no aparecen o aparecen tan poco claras, que dan la sensación de que tocara el frasco después que Vogt.

El inspector endureció el rostro con un gesto de desconcierto. Mordió la punta del lápiz, que conservaba en la mano y terminó por hacer una nueva anotación en el librito.

—Entonces, tú excluyes a Vogt de la lista de sospechosos, ¿no?

—Como autor material de los asesinatos, indudablemente. Está perfectamente demostrado que, cuando Shorty fue asesinado en el estadio, Vogt estaba en su club. En cuanto a su posible complicidad ya no tengo la misma seguridad.

La llegada de la ambulancia pedida interrumpió la conversación de los dos miembros del
F. B. I.

Dos enfermeros cargaron el cuerpo del senador en una camilla y el vehículo sanitario partió a toda velocidad en dirección hacia Las Vegas.

El inspector Craigh, llevando en su coche a los hijos del herido, les siguió. El resto de los invitados fueron desapareciendo poco a poco, bajo distintos pretextos. La reunión había fracasado apenas iniciada y quien más, quien menos, deseaba verse lo más lejos posible del rancho del amigo de Keel.

Éste y Dave Neal quedaron solos en la finca. Juntos vieron cómo la ambulancia se alejaba hacia la ciudad y cómo iban desfilando los demás invitados.

—Ha sido una reunión desgraciada —comentó Keel—. Estoy francamente indignado por lo ocurrido.

—¡Oh! No debe preocuparse excesivamente. Se trata solamente de un vulgar accidente de cacería. Gente inexperta. Alguno de ellos ha disparado sin saber siquiera dónde, por aquello de que una cacería sin disparar ni un solo tiro, es algo absurdo. Luego, asustado de las consecuencias de su imprudencia, no ha tenido valor para confesar su acción.

Pero ya verá cómo, cuándo se calme y comprenda que la cosa no ha tenido mayor trascendencia y que la responsabilidad que puede caberle no es tan grande, confesará.

—¿Usted lo cree así? —preguntó Keel, con un gesto de

escepticismo.

—Seguro. Ahora lo que me preocupa es la forma de volver a Las Vegas. El inspector se ha llevado el coche...

—No se preocupe por eso. Yo le llevaré con mucho gusto. Como comprenderá, no siento grandes deseos de quedarme aquí, solo. Prefiero volver a mi casa en Las Vegas. Allí, si no tiene inconveniente, podemos charlar un rato. Nada puede serme más agradable en estos momentos que la compañía de un amigo y de una botella. La última que tengo...

—Y el amigo, también —aceptó Dave, sin vacilar.

Horas más tarde, a requerimiento de Dave Neal, que había confesado la necesidad de hacer una llamada telefónica urgente, Dennis Keel detenía su coche a la puerta del Splendid Hotel.

Keel tomó asiento en un diván, en el vestíbulo, desierto y espacioso, mientras que el agente se dirigía a las cabinas y penetraba en una de ellas.

—Siento mucho tener que modificar nuestros planes, Keel —dijo—. Me han dicho en casa que han estado llamando continuamente preguntando por mí. Es algo de gran interés y que debo resolver inmediatamente. No sé cuándo quedaré libre.

—Puedo llevarle a donde vaya —dijo Keel—. A menos que no quiera usted que se sepa.

Pareció vacilar Dave, pero, por fin, se decidió a mostrarse confiado con su interlocutor.

—Se trata de Maureen Kendall. ¿La conoce?

—Sí. No muy íntimamente, pero la conozco. He hablado con ella en algunas ocasiones. ¿No era una de sus invitadas a la reunión de hoy?

—La misma. Pues voy a su casa. Era amiga de Shorty Dixon y me ha estado ayudando estos días en mis investigaciones. Me ha telefonado porque, según parece, ha recordado algo de gran interés.

Ya era de noche cuando Keel y Dave Neal salieron del hotel y echaron a andar bajo las gigantescas palmeras en dirección a donde habían dejado aparcado el coche del primero. Una vez instalados en él, guardaron unos segundos de silencio.

—Creo que este asunto está tocando a su fin, Keel —dijo el agente—. El inspector Craigh debe haber ordenado ya una

detención, que a estas horas habrá sido hecha, o se hará antes de que termine la noche. Pero yo pretendo ir a la raíz del caso. Creo que ya sé dónde hallarla.

—¿De veras?

—Como lo oye. Pero no será cosa fácil. No sé si usted ignora que el senador Anders ha ofrecido una buena gratificación a quien descubra al criminal. Le interesa que sea pronto, por el prestigio de su nombre. Esa gratificación no puede ser mía, porque el reglamento nos lo prohíbe, pero sí de quien me ayude, siempre que no pertenezca al

F. B. I.

Podría ser usted, Keel. Le aseguro que voy a necesitar ayuda.

—No soy un hombre muy rico, pero...

—No crea que le voy a criticar, si quiere quedarse al margen del asunto...

—No me ha entendido bien, Neal. No he querido decirle más, sino que no me guía el interés. Pero, en cambio, me seduce la aventura. Odio a todos los delincuentes, pero los que comercian con la salud pública me son todavía más odiosos. Estoy dispuesto a ayudarle, sin necesidad de premio alguno.

—Perdone. A veces me olvido de que todavía hay en el mundo gente decente. Bien. No hay más que hablar. Le diré lo que espero de usted cuando hayamos hablado con Maureen. Ya estamos llegando.

Indicó a Keel dónde había de detener el coche y ambos hombres se apearon. La calle estaba a oscuras casi completamente. Solamente un foco, situado en la esquina, proyectaba su luz amarillenta sobre las ventanas del departamento de la joven. Dave echó una mirada a su alrededor, discretamente. No vio a ninguno de los hombres encargados de la vigilancia de la joven. Subió solo, procurando que la luz del foco le diera de lleno y pulsó el timbre de llamada.

Al abrirse la puerta, cambió unas breves palabras con la joven y, haciendo seña a Keel, entraron los tres en la casa.

CAPÍTULO XII

Maureen estaba extrañamente silenciosa, contra su costumbre. Sirvió *whisky* con soda a los dos hombres y se sentó, muy tiesa, en el diván, con gesto de preocupación, como si no supiera por dónde empezar.

Dave habló en su ayuda:

—El amigo Keel se ha prestado amablemente a colaborar con nosotros, Maureen. Puedes hablar con franqueza. Y te suplico que lo hagas sin más preámbulos, pues tengo bastante prisa.

—Bien, pues se trata de lo siguiente: uno de los hombres del inspector, de tu jefe, telefoneó a esta casa hace un par de horas aproximadamente. Preguntó por ti. No sé por qué razón llamó a mi casa, pero lo cierto es que así lo hizo. Me dijo que, como estaban enterados de que pasaste aquí la noche última, supusieron que también esta noche ocurriría lo mismo. Una estupidez, como es natural.

Dave miraba a su colaboradora con cara de niño inocente. Con un gesto la invitó a seguir.

—Al principio no parecía dispuesto a decir para qué te quería con tanta urgencia, pero, animado por las seguridades que yo le di de que no te irías a tu casa sin pasar antes a verme, se decidió. En resumen, se trata de lo siguiente: plantón ante el Bergantín, había informado de la presencia de un individuo sospechoso en el club. El tal individuo no entró en el salón de espectáculos, sino que parece ser que hizo una visita a los sótanos del edificio. Permaneció en ellos más de una hora. Cuando salió, llevaba un paquete bajo el brazo. El agente le siguió en su coche. Parece ser que el tipo se dirigió hacia el este de Las Vegas, a un caserón medio en ruinas. Se trata de un edificio que en otro tiempo fue *cabaret* y sala de juego.

Está en despoblado y en su tiempo fue uno de los garitos más peligrosos de Las Vegas. Eso es todo.

—Recuerdo bien el sitio que me indicas, pero no lo he visto por dentro más que una vez.

—Yo lo conozco perfectamente —dijo la muchacha—. El caserón está separado de la carretera por una especie de riera. Cuando aquello funcionaba, existía un puente levadizo de madera. En lo alto del caserón existe una torreta. Desde ella podía verse a un automóvil dos kilómetros antes de que llegara a la casa. Excuso decirte que servía de atalaya para evitar la presencia de la Policía. Además, para que el puente bajase, permitiendo la entrada, había que dar un santo y seña.

—¿Existe el puente todavía?

—No. Ha desaparecido. Para llegar a la casa ahora hay que cruzar la riera por otro puentecillo que da a la parte de atrás o atravesar unos terrenos bajos y pantanosos. Si van ustedes, tengan mucho cuidado, pues es un terreno muy peligroso, lleno de pozos.

—Creo que no iremos, Maureen. Al menos, por ahora. Pero dame una ligera explicación del interior.

—Tiene la casa cuatro pisos —dijo Maureen—. Todos ellos forman como la nave de un teatro, es decir, que dejan el centro del edificio libre desde el piso bajo hasta el último y cada uno de ellos forma una galería circular que da al centro, donde se celebraba el espectáculo. Los pisos se comunican entre sí por escaleras interiores que van de uno a otro. Todas las habitaciones tienen salida a las galerías.

Dave terminó su *whisky* y se levantó.

—Gracias, Maureen —dijo—. ¿Vamos, Keel?

Maureen miró angustiada al agente. Tomó una de sus manos entre sus dedos fríos.

—¿Vas a ir?

Dave le acarició los rubios cabellos y sonrió.

—Creo que sí, nena, pero no temas nada.

Desde la sombra de su terraza, Maureen vio cómo los dos hombres subían al automóvil. Hizo violentos esfuerzos por dominar la sensación de angustia que le atenazaba, amenazando convertirse en sollozos, regresó a su habitación y, después de asegurar la puerta con doble vuelta de llave, se echó de bruces sobre su lecho.

El automóvil de Keel se deslizó veloz hacia el Este a través de las calles desiertas y húmedas. Los dos hombres permanecían silenciosos. Fue el propietario del coche el que primero habló:

—¿No cree que sería conveniente que avisase a su jefe y reclamar algunos hombres?

—No. No hay tiempo que perder. Tengo la impresión, la seguridad, casi, de que en ese edificio arruinado vamos a encontrar la solución del enigma.

—Todavía no sé qué es lo que busca, Neal.

—Pues es bien sencillo: busco al asesino de Merriman y de Shorty Dixon, busco al jefe de la banda de contrabandistas de drogas que desde hace tiempo está abarrotando los Estados Unidos de toda clase de estupefacientes, envenenando a la juventud americana con sus malditas drogas y haciendo una fortuna inmensa por los medios más repugnantes.

—Y ¿sabe usted ya quién es ese individuo? ¿Está seguro de que fue él quien mató a Merriman y a Dixon?

—Sí. Sé quién es. O creo saberlo. Desgraciadamente, aunque tengo la convicción moral de que es el asesino de esos dos desgraciados, no puedo probarlo. Y en busca de esas pruebas vamos ahora.

—Pero ¿por qué mató a Merriman y a Dixon?

—Al primero, probablemente, porque había descubierto su personalidad. Merriman no era lo que fingía ser. Era un agente del Interpol, un miembro de la organización que lucha contra el comercio de drogas. Seguramente había averiguado más de lo que al criminal le convenía y lo eliminó.

—¿Y a Dixon?

—A Dixon lo mató por estúpido, pero un estúpido peligroso. Dixon sabía que él había sido el asesino de Merriman y se disponía a sacar buen producto de ello.

—Bien. Y ¿qué se propone hacer usted?

—Es muy sencillo. Ese hombre debe estar ahora en el viejo *cabaret*. Si yo me acercara al caserón rodeado de todo el aparato policial, es seguro que escaparía antes de que pudiéramos aproximarnos. Por eso voy a ir solo. Y ahí entra la misión de usted. Cuando lleguemos a cierta distancia de la casa, me dejará en la

carretera. Usted regresará a Las Vegas a toda velocidad, a informar al inspector y reclamar la ayuda necesaria. Mientras tanto yo, dando un rodeo, llegaré a la casa por la puerta de atrás.

—Pero ¿cómo tiene usted la seguridad de que el hombre estará ahí? Él no debe sospechar que usted va a ir a buscarle.

—Probablemente sí. No sospecharlo, sino saberlo. Ya me las he arreglado yo para que se entere.

—¿Cómo es posible? —preguntó Keel asombrado—. Desde que la señorita Kendall se lo había dicho no ha hablado con nadie. Ninguna persona está enterada de su proyecto.

—¿Olvida usted a la propia Maureen? Recuerde que es mujer. Y una mujer con una historia poco edificante. Ha traicionado miserablemente a todos los hombres que ha tratado.

—Es cierto. No había pensado en ello.

* * *

La extensa zona en la que se elevaba la construcción, medio derruida por la acción del tiempo, era un desolado lugar, cruzado por sendas y canales de desagüe.

Por la noche, las líneas blancas de las sendas desaparecían en la negrura, confundiéndose con los terrenos bajos y arcillosos que las bordean, convirtiéndose todo en una auténtica boca de lobo, perforada tan sólo de cuando en cuando por las luces de algún automóvil veloz y distante.

A lo largo de varias millas, los dos viajeros no habían encontrado ni una casa ni un vehículo en todo el camino. Al llegar al lugar convenido de antemano para separarse, Dave abrió la portezuela y, aprovechando la poca velocidad a que Keel había reducido la marcha, se apeó.

Permaneció inmóvil, viendo alejarse la luz roja y continuó en la misma posición hasta verla desaparecer por completo. Entonces empezó a andar. Y se dio cuenta de que había calibrado mal las dificultades que tendría que vencer.

Perdió unos cuantos minutos hasta encontrar el estrecho camino que había de llevarle al lugar deseado. Pero lo halló por fin con ayuda de su linterna eléctrica. Había dudado mucho antes de encenderla, pero se decidió al fin, seguro de que nadie lo vería en semejante noche. Ésta, en efecto, no podía ser más a propósito para

llevar a cabo lo que se proponía.

Siguió por el caminejo hasta dar con una especie de terraplén, del que no se dio cuenta hasta que lo tuvo casi en sus narices. Volvió a encender por tinos segundos y pudo ver que se había excedido en sus cálculos. El edificio del antiguo garito quedaba bastante atrás.

Refunfuñando entre dientes, trató de orientarse. Pronto se dio cuenta de que se hallaba muy próximo a la riera en la curva que hacía rodeando la casa y que para llegar a ésta tendría que atravesar el canalejo o dar un rodeo que le ocuparía demasiado tiempo y esto último no le convenía en forma alguna.

El canalillo no era tan profundo como temió en el primer momento. El agua le llegaba apenas a la cintura, pero en prevención de que alguna desigualdad del terreno hiciera subir el nivel de aquélla, llevaba la pistola en la mano y ésta bastante alta, en evitación de que se mojara.

Envuelto en una oscuridad impenetrable, llegó junto a la base del edificio, casi sin darse cuenta. No tenía más que ascender por la empinada cuesta desde el fondo de la riera, para hallarse a menos de treinta metros de la puerta trasera del caserón.

Pero la ascensión, apoyándose en las paredes del barranco, recubiertas de un fango viscoso y resbaladizo, no era cosa sencilla. Lo consiguió, por fin, al cabo de varios intentos fracasados y cuando estuvo en lo alto, pisando terreno firme, encendió de nuevo la linterna, para orientarse.

Lo que vio en aquellos fugaces segundos le hizo modificar ligeramente su plan para penetrar en la casa. La puerta estaba bastantes metros más allá de donde él se encontraba, pero en cambio, casi encima de su cabeza, se abría el hueco rectangular de lo que en otro tiempo debió ser una ventana de la casa y de la que habían desaparecido maderas y cristales.

Apagó la linterna, extendió las manos hasta apoyarlas en el alféizar y, haciendo una flexión, saltó por el hueco hacia el interior. Si él había comprendido bien las explicaciones de Maureen, la escalera para los pisos superiores debía encontrarse a la derecha. Avanzó en este sentido, tanteando las paredes, sin arriesgarse a abandonar la seguridad que éstas le ofrecían y deteniéndose de cuando en cuando para escuchar.

En el exterior, el croar de las ranas, que hasta entonces había sonado incesantemente, se interrumpió como si se hubiesen dado cuenta de que alguien las estaba escuchando. A continuación, un ruido apagado sonó no muy lejos de donde él estaba, seguido inmediatamente por la veloz carrera de una rata en busca de su refugio.

Paso a paso, escalón a escalón y siempre pisando en su unión con la pared, para evitar los crujidos, Dave fue ascendiendo. Al llegar al primer piso, con la pistola siempre empuñada en la mano, permaneció quieto durante unos segundos, como acurrucado, analizando todos los ruidos que captaban sus oídos.

Dave empezó a preguntarse si la extraña sensación que sentía sería miedo. Lo cierto era que a él no le habían asustado jamás las luchas en campo abierto, a la luz del día, por muchos y muy valientes que hubieran sido sus enemigos. Pero aquello era distinto. La oscuridad que le rodeaba era a un mismo tiempo su mejor defensa y su mayor peligro.

Encender la linterna, aunque fuera breves segundos, era una invitación para que desde cualquier punto le metiesen un balazo en la cabeza o le clavasen entre las costillas uno de aquellos antiestéticos cuchillos a que tan aficionado parecía el supuesto asesino de Merriman y Dixon.

Y, por otra parte, envuelto en aquella oscuridad, podía al dar un paso caer en alguna trampa mortal. Había de tener en cuenta que los bandidos, si, como parecía por los informes recibidos, habían hecho de aquella casona su guarida, debían conocerla palmo a palmo, incluso en la oscuridad, mientras que él sólo una vez había estado allí en tiempo bastante lejano y no el suficiente tiempo para conocerla a fondo.

Esta aprensión de que, en cualquier momento, al primer movimiento que hiciera, a la menor vacilación, pudiera surgir el golpe fatal, inexorable, sin defensa posible era la que le provocaba aquella sensación de náusea, aquella opresión en el estómago, aquel nudo en la garganta que transformaba su respiración en un silbido que a él le parecía había de oírse hasta en Las Vegas.

La habitación en que se encontraba en aquel momento estaba sumida en el mayor silencio, pero no completamente a oscuras. Al menos, a Dave le pareció ver en lo que suponía la pared de enfrente

una tenue luz como de algo fosforescente. Su angustia aumentó. Temió que desde aquel sitio sugiera la acometida y levantó la pistola, dispuesto a adelantarse y disparar. Y al mismo tiempo que levantaba el brazo, la extraña luz subía también.

Lanzó un suspiro de satisfacción al comprender lo que pasaba. Se hallaba ante un espejo y la luz que reflejaba éste se desprendía de sus propias ropas. Incomprensible, pero cierto. Se apresuró a quitarse la americana y entonces, como un rayo surgió en su mente la explicación de la muerte de Merriman, efectuada a distancia y una habitación a oscuras. ¡Alguien había impregnado en las ropas de Merriman una materia fosforescente, haciéndole visible en la oscuridad! ¡Y ese mismo individuo, el asesino, había empleado ahora el mismo truco con él para poder asesinarlo a mansalva!

¡Estaba convertido en un blanco perfecto para un tirador de cuchillos! ¡Seguramente el asesino estaba esperándole en determinado sitio dispuesto a arrojar el arma mortífera en cuanto él apareciera!

Dave dio gracias a Dios por haberle inspirado la idea de entrar en la casa por aquella ventana, en vez de hacerlo por la puerta. Estaba seguro de que esa idea era la que le había valido para vivir todavía.

En pensar todo esto Dave habría empleado escasamente un segundo. Arrojó la americana a un rincón mientras daba un rápido salto hacia un lado, sin preocuparse ya de hacer ruido o no. ¡Y lo hizo a tiempo! Sincronizando perfectamente con el leve ruido de la americana al caer sobre algún mueble invisible, Dave oyó un extraño silbido que identificó inmediatamente. Era el de un cuchillo lanzado con fuerza y habilidad extraordinarias y que fue a clavarse con matemática precisión en el sitio que ocupaba un segundo antes. Pudo distinguir el arma oscilando, hincada precisamente en la mancha fosfórica que brillaba como un fuego fatuo.

Con fulminante rapidez, Dave hizo fuego contra el sitio de donde había partido la cobarde agresión. No hizo blanco, sin duda. Antes de poder hacer el segundo disparo, un bulto gigantesco cayó sobre él, haciéndole rodar por el suelo.

Con la violencia del inesperado golpe, Dave perdió el arma. Había caído sobre su brazo derecho y contra su cuerpo se apretaba el de su desconocido enemigo. Dave se dio cuenta inmediatamente

de lo peligroso de su situación. Su adversario era un hombre nervudo y fuerte.

Se hallaba extendido con toda su corpulencia sobre el cuerpo del agente, tendido en una posición difícil y una de sus manos buscaba ansiosamente su garganta. Dave adivinó que con la otra intentaba arrancar el cuchillo clavado en algún sitio y visible gracias a la pequeña fosforescencia. Y no hizo nada para evitarlo.

La treta dio los resultados apetecidos. Creyéndolo seguramente medio inconsciente a consecuencia de la caída, el atacante se incorporó un poco para poder alcanzar el cuchillo con el que rematar impunemente su labor. Dave se apresuró a aprovechar aquel respiro.

Flexionó de pronto su pierna derecha y la clavó con toda su fuerza en el bajo vientre del desconocido, que lanzó un grito de dolor. Dave no se conformó con el pequeño triunfo. Los segundos que el otro empleaba en llevarse instintivamente las manos al sitio dolorido, los puños del agente trabajaron a velocidad de vértigo, hasta que el otro tuvo que apartarse para escapar a la lluvia de golpes que caía sobre él.

Dave aprovechó la ocasión para levantarse. Lo hizo con toda rapidez, dando uno o dos pasos para separarse de su agresor. No se hacía ilusiones por su pequeña victoria. Seguía estando en un plano de inferioridad con respecto a su enemigo. Él había perdido su pistola, que no podía entretenerse en buscar en aquella oscuridad y, en cambio, el criminal debía tener la suya y no vacilaría en usarla en cuanto pudiera.

En efecto, casi inmediatamente de ocurrírsele esta idea, un ruido seco, semejante al que se produjo al descorchar una botella, se oyó hacia el lado de la escalera, al mismo tiempo que pudo percibir la luz de un levísimo fogonazo.

Oyó a medio metro de su cabeza el ruido del proyectil al incrustarse en la madera de la pared. El criminal disparaba con silenciador. La situación seguía siendo angustiosa.

Se registró los bolsillos del pantalón silenciosamente y sacó una moneda. Por el tamaño debía ser medio dólar y pensó con ironía que había de recordarlo para cargarlo en cuenta, si es que salía con vida. Esperó unos segundos y de pronto arrojó la moneda al otro extremo de donde él se hallaba.

Al ruido de la pieza metálica sobre el suelo respondió un segundo fogonazo hecho en aquella misma dirección. Aquello iba bien. No era precisamente lo que Dave hubiera deseado, es decir, poder luchar con el bandido, vencerlo y des enmascararlo, pero el resultado sería el mismo. Lo interesante era ganar tiempo.

No podía tardar mucho. Diez minutos, acaso quince y los hombres del inspector llegarían en su socorro. Pero mientras llegaban esos refuerzos o no, Neal no iba a estarse siempre en el mismo sitio. Tenía que repetir otra jugarreta por el estilo de la moneda para que el criminal no se pusiera nervioso o se diese cuenta de lo que Dave esperaba.

Apoyando la espalda contra la pared avanzó hacia la izquierda. Le dolía el brazo sobre el que había caído al empujón del asesino. Debía habérselo dislocado. Seguía andando sin perder el apoyo de la pared y de pronto ésta cedió. Se había apoyado en una puerta, que se abrió con el peso del cuerpo. Lo malo fue que tras de la puerta había dos escalones, Dave no se dio cuenta de ello y perdió el equilibrio.

Antes de que pudiera hacer movimiento alguno para incorporarse se sintió fuertemente sujeto contra el suelo y creyó que de aquella nueva agresión no había escape posible. Le pareció sentir ya la punta del cuchillo clavándosele en la garganta.

¡Todos sus esfuerzos, todos sus afanes, fracasaban en el último minuto!

Un haz de luz le cegó. Supuso que el criminal quería asegurarse bien para no fallar otra vez el golpe y se dispuso a morir. Pero no quería que tal cosa ocurriera sin haberle visto el rostro a su asesino. Abrió los ojos cuando pudo.

Lo que vio no fue precisamente la cara del criminal. No pudo ver más que un brazo de mujer, cuya mano sostenía una pistola con cachas de nácar. La boca de la pistola estaba apoyada contra algo que debía ser la cabeza del individuo. Confirmó su pensamiento ver la mano del desconocido, armada de un cuchillo.

—¡Suelte usted ese cuchillo, Keel! —Sonó la voz de Maureen Kendall, más melodiosa que nunca, en opinión de Dave—. ¡Suelte ese cuchillo si no quiere que le llene la cabeza de plomo!

En aquel momento la oscuridad reinante en la casona desapareció como por encanto. La casucha, tan silenciosa hasta

entonces, se pobló de ruidos, de los ruidos más agradables que Dave oyera en su vida. Voces de mando, pasos apresurados, amartillar de armas. Pero el que mejor sonó de todos los ruidos, a los oídos del agente especial Dave Neal, fue el doble clic de las esposas al cerrarse unidas las muñecas de Dennis Keel, el asesino de Merriman y Dixon.

EPÍLOGO

—El inspector Craig desea verte —dijo Maureen, entrando en su propio dormitorio, cuyo lecho ocupaba Dave Neal.

—¡No le dejes entrar! —gritó éste—. Vendrá a darme la lata. O a decirme que nuevamente he de encargarme de otro asunto y no disfrutar mis vacaciones, o...

—No hagas aspavientos —dijo tranquilamente el inspector al entrar—. No vengo a encargarte de nada. Creo que los demás miembros del

F. B. I.

que estamos en Las Vegas nos bastamos y nos sobramos para resolver cuantos asuntos se nos presenten sin necesidad de ti.

Viendo que Dave Neal lo miraba con asombro y cierto disgusto, continuó:

—He venido a decirte que en los sótanos de esa casona y en los de El Bergantín hemos hallado drogas suficientes para envenenar a todo el país. Ello y el hallazgo también de tres cuchillos más como los que sirvieron para asesinar a Merriman y Dixon han hecho perder la serenidad a Keel, que ha confesado plenamente. En su juventud, antes de la guerra, fue artista de circo. Su número consistía en arrojar cuchillos.

—Bien —dijo Neal, aburrido—. Ya todo ha terminado y espero que me dejarás.

—No corras tanto. Antes he de hacerte dos preguntas sobre dos cosas que no acabo de comprender. ¿Cuándo sospechaste de Keel?

—Keel era sospechoso, como todos los que se encontraban en el club el día de la muerte de Merriman. Pero la certeza de que él era el asesino no la tuve hasta que hice hablar a Fred Cohén. No me dijo que era Keel, porque lo ignoraba, pero me declaró que, en

cierta ocasión, involuntariamente, oyó hablar a Morgan con él para ellos desconocido jefe supremo de la banda y el gángster, en vez de llamarle jefe, como de costumbre, le llamaba «capitán». Enseguida recordé que de cuantos había en el club el día del asesinato de Merriman solamente Keel había estado en la guerra y alcanzado el grado de capitán.

—Bueno, pero eso sólo no es bastante...

—Naturalmente que no. Por eso, para obtener una prueba indiscutible, para cogerlo con las manos en la masa, fingí esa expedición al viejo *cabaret*, de acuerdo con Maureen. Fue un lazo que le tendí y en el que picó. Lo malo fue que él me tendió otro a mí que estuvo a punto de costarme caro con el maldito ungüento fosforescente. Pero dime, Walter: ¿cuál es la segunda pregunta que querías hacerme?

—Ese bendito. El senador Anders. Está tan contento con haber salvado su prestigio y el de su hijo, que me ha dicho ya no sé cuántas veces que a quién le da los cincuenta mil dólares que ofreció si la cosa salía bien. ¿A ti qué te parece? Ya sabes que a nosotros los reglamentos nos impiden recibir gratificación alguna.

—Sí. Ya lo sé. Yo creo que la que más y mejor ha trabajado y colaborado con nosotros es Maureen y a ella debe darle Anders esos dólares.

—Me parece muy bien. Pero ¿tú no vas a casarte con ella?

—Desde luego. ¡Eso no lo prohíbe el reglamento!

El inspector lanzó una mirada furibunda contra su subordinado y salió de la habitación mientras que los dos jóvenes se miraban sonrientes y felices.

FIN

LOS GRANDES EXITOS DE EDITORIAL ANDINA, S.A.



M.L. ESTEFANIA
GALAXIA
CARAVANA

U.S. MARSHAL
EXTRA-OESTE
CUATREROS

COLT45
OESTE
F.B.I.

SELECCIONES F.B.I.
RURALES DE TEXAS
TERROR



HISTORIAS DE

SHOCK

¡ATRÉVASE
a leerla!



HISTORIAS INMERSAS
EN LA MÁS ABSURDA
REALIDAD PROVOCADA
POR LA CODICIA, EL ODIIO,
EL SADISMO, EL AMOR,
Y LA DEMENCIA HUMANOS.
CON LOS DESENFACES
MÁS SORPRENDENTES

ES UNA PUBLICACION QUINCENAL EDITADA POR

Edsa 

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

BIBLIOTECA RAPIDA

La demencia
El futuro
La pena de
muerte
El F. B. I.
Visitas
cósmicas



Pídalas en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **25** PTS.